

La Huella de la Memoria

I

Relatos breves

Carlos Debandi

Mi vida tuvo tres etapas. La primera fue la de la infancia y la juventud vivida en Capilla del Monte, un pueblito de la Provincia de Córdoba.

La segunda se inició cuando fui a estudiar a la Universidad de Córdoba donde cursé una licenciatura en física.

En esta etapa me comprometí en las luchas políticas de los años sesenta/setenta; me casé, tuvimos una hija, Florencia, y al poco tiempo fui detenido. Pasé dos años en diferentes cárceles argentinas, hasta que una amnistía política nos liberó.

En medio del golpe militar genocida de 1976 nació nuestra segunda hija: Natalia.

Pero años después, perseguido, tuve que optar por el exilio.

Junto con mi esposa y mis dos hijas vivimos 14 años en Venezuela.

Estos relatos no siguen ningún orden cronológico.

Cuentan recuerdos de la vida. Los escribo a medida que mi memoria los reconstruye.

Son simplemente testimonios personales que dibujan realidades y fantasías de esas etapas.

Espacio Cultural El Sitio
Paravachasca, 2019

La historia del escriba

Comencé a escribir en la adolescencia. Seguramente primero fueron cartas y poemas de amor, dedicados a los correspondidos y a los negados. Alegrías y penas, como dice León Felipe.

Escribía sobre papel blanco o en un cuaderno. Con lápiz, para poder borrar, y sobre todo, corregir las faltas de ortografía durante la revisión que, muchas veces, terminaba con la hoja escrita en el cesto de los papeles. Qué difícil poder expresar lo que realmente sentía, sin caer en el lenguaje fingido de las radionovelas. O sin plagiar a otros autores.

Nada quedó de eso, luego entenderán el porqué.

Pasaron algunos años y me fui haciendo adicto a la literatura, con ello mejorando mi búsqueda de escriba.

Un buen día apareció en casa una Lettera portátil, la novedosa máquina fabricada por Olivetti, en su estuche forrado con cuerina azul grisáceo.

Eso significó un enorme cambio tecnológico. Escribir con máquina era otra cosa. Hasta la ayuda del tippex evitaba muchas veces tener que repetir los textos. Para los que no dominábamos la dactilografía y solo usábamos uno o dos dedos de cada mano la tarea se hacía lenta, pero a la vez permitía pensar, armar cada frase, antes de escribirla.

Escribí muchas cosas en ese tiempo, con la Lettera.

Nada quedó, solo algunos bocetos en mi memoria.

Ni una carta. Ni un poema de esa hermosa etapa de felicidades y desdichas agradables. En esos tiempos las desdichas del amor nos hacían sentir bien, comprometidos con nuestros sueños y deseos.

Algunos años después apareció otra máquina portátil, traída por el padre de Daniel y Susana de Inglaterra, tenía tipo de letras cursivas, una belleza. Además era silenciosa. Blanca. Con estuche plástico incorporado.

La llegada de esa máquina coincidió con el comienzo de la era del compromiso. Mis escritos comenzaron a apuntar a las cuestiones políticas y sociales. Lo mismo sucedía con nuestras lecturas, la mitad de ellas orientadas al realismo mágico y a las luchas en Latinoamérica.

También me gustaba la ciencia ficción, el género policial y las novelas profundas, como las de Cortázar; Henry Miller; Italo Calvino; Semprún, por solo citar algunos.

Tampoco quedó nada de esos escritos.

Los textos, algunos, era prudente quemarlos en vísperas de allanamientos. Los recuerdos de ellos, borrarlos, por las dudas.

Sin embargo decidí conservar una colección de las cosas escritas que me sonaron mejores, incluidas cartas recibidas en respuestas a otras enviadas. Todo eso, con fotos personales y

familiares; discos; algunos libros elegidos, fueron guardados en un cajón, que cerramos y dejamos en manos de gente amiga, cuando partimos a Venezuela.

Al regresar, catorce años después, encontramos pocas cosas. Y de aquel valioso cajón, ni rastros. El destino o el temor lo eliminaron. Allí quedaron todos los escritos y recuerdos gráficos de la primera mitad de mi vida.

Ya en Venezuela seguí escribiendo. Se disponía entonces de máquinas eléctricas que guardaban en memoria un par de renglones, lo que te permitía corregir errores, y perder menos tiempo. La escritura se aceleraba.

Luego aparecieron las primeras computadoras. Tuvimos una Apple Macintosh 512, que funcionaba con dos diskettes, uno con el programa y el otro como archivo. Luego pasé a la PC e inauguré mi primer procesador de textos: el Word Star. Los discos duros no eran grandes, de modo que los archivos se guardaban en diskettes flexibles. En ellos guardé casi todos mis escritos de Venezuela, incluidos los técnicos.

Muchos de ellos se perdieron, porque en el siguiente avance tecnológico las máquinas dejaron de tener lectoras de discos flexibles. Pude salvar algunas cosas pasando a diskettes rígidos primero y a CD después. Pero muchas cosas quedaron en memorias artificiales de corta vida, extraviadas.

En medio de esos tiempos apareció lo que creí sería el invento del siglo: el fax. Las cartas viajaban ahora casi a la velocidad de la luz, es decir, partían y llegaban en el mismo instante. Algo maravilloso e increíble.

A partir de las últimas décadas comenzamos a disponer del correo electrónico y de internet; de sistemas eficientes y memorias extensas. Escribir se ha vuelto más saludable. Aunque por extraña razón, la gente escribe poco. Prefiere el audio y/o la imagen.

Para satisfacerlos en tiempo real, nació whatsapp.

Es muy difícil e improbable que ahora alguien escriba una carta. Ni siquiera un correo electrónico. Es más fácil y rápido grabar un mensaje.

O responder con un emoji.

Ahora la última tecnología nos ofrece guardar todo en la nube, que la pintan como eterna e infinita.

Pero todos sabemos que a las nubes, como a las promesas y a los escritos, se los puede llevar el viento.

Además, seguramente entre nosotros y la nube debe haber un ejército de revisores de textos, para cuidar nuestra ortografía y vigilar nuestros desvaríos ideológicos.

En términos antiguos, un sitio para interceptar a las palomas mensajeras. Revisar el mensajito y dejarlas partir a su destino.

Cuando el futbol era familiar y popular

Había entonces solo dos opciones: presencial o radial

El presencial era para los privilegiados que vivían en Buenos Aires o en Rosario.

En el resto del país era solo radial, transmitido por onda corta, por Radio Rivadavia, Mitre , o El Mundo, todas de Buenos Aires, con los relatos de Fioravanti, Arostegui o Muñoz.

El futbol era un encuentro familiar alrededor de la radio los domingos a la siesta.

Si, se jugaba solo los domingos, a eso de las tres de la tarde.

Las radios transmitían los partidos centrales, con conexión con los otros, informando los goles.

Mi viejo, Don Ernesto, era del Racing Club.

Pasado el mediodía del domingo preparaba el fixture de la jornada, hecho a lápiz sobre una hoja de cuaderno. Allí iba marcando los goles de todos y cada uno de los partidos. Yo lo acompañaba y lo ayudaba en ese oficio periodístico hogareño.

En esos tiempos el futbol unía a las familias. La radio era el hecho mágico que superaba las distancias.

Ya por ese entonces se destacaban Boca y River; Racing e Independiente; Lanús, San Lorenzo, Velez Sarsfield; Huracán, Ferro, Banfield; Estudiantes; Gimnasia, Platense, New 's Old Boys; Rosario Central; Chacarita; Quilmes; ... Esos eran los clubes que se destacaban. Por ahí aparecieron alguna vez Colón y Unión de Santa Fe.

Hasta ahí llegaba el país futbolero, casi unitario, es verdad. En el interior se disputaban otras categorías que casi no existían frente a los torneos metropolitanos, como se llamaban. Para reafirmar que el país era, sin duda, Buenos Aires.

Las canchas eran seguras, sin agresiones, solo el riesgo de los tablones de las tribunas, o los apretujones en las salidas, como aquella trágica sucedida en el estadio de River., que, por suerte, no se repitió.

A los partidos los acompañaban actividades complementarias, como leer El Gráfico y ver las fotos de los goles y de las atajadas, para amenizar las discusiones, los lunes, en la escuela.

Además estaban las figuritas, con los rostros de los jugadores. Había que completar un álbum para ganar una pelota de futbol...¡Una pelota número cinco!! La número seis era para basket, inalcanzable.

Con las figuritas se jugaba a las tapaditas. Se arrojaban a una cierta distancia, sobre el piso, y la que tapabas te la ganabas..

Lo que costaba llenar el álbum. No recuerdo haberlo conseguido nunca.

Amábamos a los jugadores famosos, los del club preferido. Walter Gómez, Boyé, Simes, Sued, Labruna, Roma, Higinio García, Rattin; y tantos otros que vienen a la memoria cuando uno los piensa un poco.

Ese tiempo duró hasta mediados de los cincuenta. Quizá hasta aquel gol increíble del Chango Cárdenas para hacer de Racing el primer campeón mundial de clubes, en aquella tarde frente al Celtic. El grito de la radio perduró por días en los ecos de la gente.

Todavía no habían aparecido Belgrano, Talleres, Racing (de Córdoba) e Instituto disputando con los porteños. Pero no faltaba mucho.

El clásico capillense era entre el Atlético (del centro) y el Deportivo Balumba. Se jugaba a muerte en la cancha de tierra pegada al cementerio, al borde de la Ruta. Buenos jugadores, recuerdo, el Luisito Jarmi, con estilo; el Dito Cassani, dueño de un patadón que alguna vez, dicen, que en un tiro libre, rompió un travesaño; su hermano menor, el Kokito, terminó siendo un diestro de la gambeta, antes de hacerse policía. Los hermanos Cabrera, que jugaban también al basket, donde finalmente se destacaron. Muchas veces, en las jugadas rápidas había que esperar que se dispersara la tierra para ver el gol.

La tapia que rodeaba el campo era baja, mucha gente se asomaba a ella para ver los partidos. Otros habían hecho huecos con el mismo fin.

Así era el fútbol en aquellos tiempos, una fiesta de domingo. Con repercusión de lunes, en los comentarios y disputas por un penal mal cobrado.

No muchachos, no había VAR en esos tiempos, tampoco TV, la radio era la reina de las comunicaciones, con ruido y todo, con ondas que por momentos se perdían sumiéndonos en la angustia por lo que habría sucedido en ese tiempo.

Esta nota es un homenaje a mi Viejo, que lo recuerdo gritando los goles como un chico, cuando alguno tiraba el centro y Corbatta lo cabeceaba al fondo de la red.

Con palos de tala

Hablemos de los primeros años de la década del cincuenta, en Capilla del Monte. Ya se había construido el viejo club – en la calle principal - con su cancha de basket de piso de baldosas. Y sus tableros con bases de concreto, duras como piedra. En los partidos se las cubría con colchonetas para evitar los golpes.

El costado sur de la cancha tenía un sobre piso de aproximadamente 30 cm; el opuesto, una escalera en descenso de tres escalones. Allí abajo estaba el mástil para izar la bandera en las fechas patrias o en los partidos importantes.

Detrás de una base de tablero quedaba un espacio entre ella y el sobre piso de aproximadamente 60 cm de ancho. Justo para pasar.

Comenzamos a iniciarnos en el patinaje. Con aquellos patines con ruedas de fibra (los más caros) y de aluminio (los normales). Las ruedas de acero estaban prohibidas porque rayaban los pisos. Lo importante eran los rulemanes. Que no perdieran las bolitas por la pista.

La hija menor del escribano Rodriguez (creo que se llamaba Cristina?, era amiga inseparable de las hermanas de Juanjo Mir, Ana María y Lucy). Un terceto ganador.

Cristina era una rubia hermosa, pelo lacio, largo, al viento. Ojos claros. Quizá uno o dos años mayor que nosotros. Patinaba como las diosas. Era casi imposible derrotarla en carreras en las cuales pasábamos como trombas por detrás de aquella base de tablero. También era imposible alcanzarla, con o sin patines
Nos hacía sentir su estirpe ganadora.

Los primeros patines se usaban sobre los zapatos normales. Tenían agarraderas laterales que permitían ajustarlos a los bordes de las suelas. A veces se salían en plena carrera y nos dábamos tremendos porrazos.

Cristina no. Ella tenía patines con botas blancas, cortas, para lucir sus largas piernas. Era realmente bella.

Nosotros les adaptamos botines de futbol. Les quitábamos los taponos y los atornillábamos a los patines. Con eso mejoró la estabilidad dinámica (dijo el “laucha Lastra”)

Un tal Romeo, venido de Buenos Aires resultó ser profesor de patinaje, y comenzó a enseñarnos esas artes.

Un día se le ocurrió organizar un equipo de hockey sobre patines. Nos prendimos.

Con ramas de Tala con formato aproximado, hicimos nuestros palos de hockey, duros como el acero. Pobrecito el pie que recibía un mal palazo. (todavía me duelen los tobillos).

En la carpintería de Ghigi terminamos de darle forma a los palos. Los pintamos de blanco con esmalte sintético. La empuñadura la cubríamos con cinta aisladora para proteger nuestras manos de tremendas ampollas, inevitables, con cinta y todo.

Algunos lograron conseguir rodilleras, otros no.

Pero éramos felices.

Se formaron dos o tres equipos y se organizó un pequeño torneo, contra las protestas permanentes de algunos basquetbolistas que no patinaban porque decían que estropeábamos la cancha. Lo cual era algo cierto, pero no tanto.

Hubo unos cuantos accidentes. El mío fue pasar de largo por la escalera lateral y estrellarme con la base del mástil. Se me partió un diente. Menos mal que sólo un pedacito, me dije. Alguna quebradura también se produjo. Y moretones a granel, por las caídas y por los palazos.

Como toda moda, la del jockey también pasó. Paralelamente comenzaron a pavimentarse las calles del pueblo y los del club nos sugirieron patinar en ellas. Eran bastante ásperas, las inevitables caídas dejaban raspones sangrientos en las rodillas.

Sobre todo en los concursos de saltos en patín, precursores de los juegos en patinetas que nos asombran en el presente.

Así fue, la época de los patines, en Capilla

¿La recuerdan los nostálgicos?

Las hermanas chaqueñas

Si, chaqueñas, de Resistencia. Estudiaban en Córdoba.

La mayor, posiblemente llamada Olguita, era amiga o compañera en la facultad, de Cristina Addur (nuestra bella y silenciosa amiga, hermana de Monir).

A la chaqueña mayor, desde que la conocí, me gustó. Algo transeúnte sucedió entre nosotros. Ella venía de una gran tristeza, producto de un amor mal concluido. Doloroso. En mi encontró un acompañante que por momentos le devolvía la sonrisa.

Tenía un hermoso gato (tampoco recuerdo su nombre) que representaba un problema: debían viajar al Chaco, en las vacaciones del verano, y no tenían dónde dejarlo.

Lo llevé a casa de mis padres, en Capilla. Recuerdo que para llevarlo lo cargué suelto en el auto. Jugó un rato y luego se acurrucó entre mis pies y se durmió.

Era un gato espectacular con el que mi madre se encariñó mucho.

En ese entonces (cuando no) yo tenía un canario que fue la obsesión permanente del gato que, subiendo por el parral, pretendía alcanzarlo. Por suerte nunca lo logró.

El gato enamoró a toda mi familia, y lo extrañaron mucho cuando ella regresó del Chaco y vino a buscarlo.

Vivimos un romance extraño. Había en ella una distancia infranqueable, creada por aquella historia mal resuelta. Y posiblemente nos fuimos convirtiendo en amigos.

En esos días de final de verano yo tuve que ser operado de un quiste reincidente, arriba del trasero, producto de un mal golpe deportivo.

La convalecencia era dolorosa, ella me acompañó, como una enfermera fiel. Me hacía mucho bien tenerla cerca. Era cálida su presencia, siempre. Mirada marrón, profunda, ojos grandes, rostro algo triste, con un reflejo alegre en la sonrisa. Cuando por fin lograba reír, lo hacía con alegría contenida.

El tiempo pasó. Su hermana menor, Betty, quedó embarazada.

Junto con su novio, también estudiante, sin que sus familias lo sepan, decidieron tener el bebé. Pero no tenían nada para recibirlo.

Todos éramos así, vivíamos improvisados.

Organizamos entonces una banda de estudiantes y decidimos asaltar, a las corridas y a cara descubierta los almacenes TIA, en pleno centro de Córdoba. Nos llevamos el ajuar completo ante la impotencia de los vendedores que nos corrían por los pasillos.

Como ven, los saqueos ya existían entonces. Ese fue un saqueo para el amor.

La policía llegó tarde. Como casi siempre.

Betty tuvo entonces el ajuar completo cuando nació su bebé.

El tiempo transcurría muy rápido en esas épocas. En algún momento ellas seguramente volvieron al Chaco. Y dejé de verlas.

Siguió pasando el tiempo. Aceleradamente.

Años después me casé con Susana. Nació Florencia.

A los pocos meses me llevaron preso por subversivo.

Un año en Devoto y luego me trasladaron a la cárcel del Chaco.

Allí reaparecieron las hermanas Mercado, albergando y ayudando a Susana y a Florencia, cuando viajaban a visitarme. Solidarias. Cariñosas. Como siempre. Las vueltas de la vida. Yo, preso, no pude verlas en directo, pero imaginaba aquella misma mirada que me calmaba aquél día de convalecencia. Ahora nuevamente me acompañaban. Los amores cambian, pero no se mueren.

Así era la vida y los amores en aquellos tiempos. No terminaban nunca. Sinceros, generosos y solidarios. Las historias se entretejían. Los caminos necesariamente se alejaban, pero como que no sucedían las despedidas. Los buenos amores terminan sin reclamos.

A las queridas chaqueñas las tengo guardadas en uno de los rincones protegidos de la memoria.

No me pregunten si esos eran realmente sus nombres. No los recuerdo bien.

Eran tiempos en los que habíamos aprendido a olvidar los nombres, para no comprometer a nadie.

Tal vez, Cristina, un día de éstos, me los recuerde, mediante algún comentario.

Desde el presente, a esas hermosas y queridas chaqueñas, les mando un enorme beso, de cariño eterno y de agradecimiento.

Cartagena de Indias

En el año 1984 Cartagena de Indias era un lugar bello y tranquilo. Con su casco histórico fortificado en el centro profundo de la bahía y su avenida costera recorriendo la península en cuyo extremo se ubicaban los grandes hoteles.

Sobre esa avenida, a mitad de camino, se encontraba el Capilla del Mar, el hotel donde nos hospedábamos quienes asistíamos a un congreso de metalurgia auspiciado por la OEA.

Tuve el privilegio y el placer de representar a la Universidad Central de Venezuela en ese y otros eventos similares.

El hotel tenía en su piso superior, una discoteca giratoria; desde sus ventanas vidriadas se podía ver como circulaban lentamente –en sentido contrario- las imágenes cambiantes del mar envolvente de la península. Una exquisitez que disfrutábamos todas las noches bebiendo el rico ron del Caribe, con mucho hielo, como se estila.

Y algunas chicas, si. Un adorno del lugar.

Las sesiones del congreso se realizaban en un recién inaugurado Centro de Convenciones construido dentro del mar con materiales propios de los arrecifes coralinos locales, una especie de piedra pómez color beige claro. Un gran cubo realizado con muy buen gusto por los arquitectos que lo idearon. Al Centro se accedía por un puente de aproximadamente 50 metros que lo conectaba con la costa. Una verdadera exquisitez.

La llamada “ciudad vieja”, fortificada, amurallada, convertida ahora en un gran centro comercial turístico es bellísima, calles bien angostas, llenas de coloridos negocitos ofreciendo toda clase de productos, desde los artesanales hasta los electrónicos.

Las excursiones, guiadas por jóvenes bien formados en el tema, nos hicieron recorrer las duras historias de la conquista, y del saqueo, practicado por colonizadores y piratas. Cartagena fue, por muchos años el principal puerto americano por dónde salían la plata y el oro, y las hermosas esmeraldas.

Hay que visitar el museo del oro en Bogotá para tener una idea aproximada de la riqueza llevada por los europeos. Tan solo viendo lo que quedó uno se imagina lo que había.. Ese museo tiene la forma de un espiral en penumbras en cuyas paredes se exhiben los objetos de oro y plata. Pero al llegar al centro se arriba a una gran sala en cuyo interior hay una enorme montaña de piezas de oro, que produce el efecto deseado por los diseñadores: allí, uno se queda sin habla. Y solo piensa en el pasado, y en el presente.

En Cartagena visité el fuerte principal, diseñado por un italiano para defender a la ciudad de la ocupación –sucedida un par de veces- por los piratas ingleses.

La fortaleza está llena de trampas para quien no la conocía. Recuerdo una: un largo pasillo descendiente en el cual el resplandor del sol no deja advertir que la salida da al vacío... unos metros antes de esa salida un pasillo lateral disimulado permitía doblar a los defensores, mientras los atacantes, encandilados caían por esa abertura, lo suficientemente elevada para matarlos. Sin atenuantes. Y así, muchas otras maquiavélicas ocurrencias del italiano.

Nuestro hotel estaba separado del mar tan solo por una calle. Cuando el viento soplaba del mar, las olas trepaban hasta la mitad de la calle. Eso es estar en la costa, realmente.

Cartagena está ubicada en una zona mágica del Caribe Colombiano, cerca de allí se encuentran Barranquilla y Santa Marta, y un poco más hacia el Este comienza el territorio de La Goajira con la ciudad de Riohacha. Todos esos nombres rodeaban a Macondo, en las historias fantasiosas de Gabriel García Márquez, y de allí nos llegan ahora los vallenatos de Carlos Vives.

·
Estando allí supe con claridad que la fantasía existe, no es solo un invento de los escritores.

No recuerdo cuanto duró mi estadía en Cartagena, posiblemente cinco o seis días, eso duraban normalmente esos congresos. Pero fue excelente.

Recuerdo un pequeño restaurante, situado cerca del hotel donde probé el plato nacional de Colombia: sobrebarriga con papas chorreadas. Traducido a nuestra jerga: matambre ancho, cercano al vacío, asado u horneado, acompañado de papas hervidas “chorreadas” con una salsa hecha en base a zapallo, con algo de picante. Y cerveza bien fría, para atenuarla. Una exquisitez que no se debe dejar de comer ante el posible rechazo que produce su nombre.

Esos congresos tenían dos objetivos: uno, estrictamente técnico, presentar trabajos de investigación que realizábamos en toda Latinoamérica; otro, fomentar la hermandad de los pueblos. Ambos se lograron en aquéllos años dorados, creándose una verdadera comunidad que perduró en el tiempo y que dio frutos y logros a sus países. Cada dos años nos reuníamos en algún punto del continente. La última que me tocó participar fue local: Bariloche.

Allí, la discoteca nocturna estaba bajo el agua del Nahuel Huapi, por sus ventanas

subacuáticas se podían ver las desconfiadas truchas, atraídas por la luz, pero ésa es otra historia.

El Cura Gómez

Así se llamaba el cura de la iglesia de Capilla del Monte cuando siendo bien niño, junto con mi familia fuimos a vivir allí.

Por esas cosas de la vida de muy pequeño no me habían bautizado. Digamos que en mi casa no eran muy católicos, salvo mi hermana, mayor que yo, que en armonía con sus amigas iba a misa los domingos.

Lo cierto es que cuando yo tenía cinco o seis años mi madre me llevó a bautizar, justamente con el cura Gómez.

Yo en esa edad era muy tímido. El cura me preguntó: ¿Cómo te llamas? Carlos, respondió mi madre. ¿Este chico no sabe hablar? ¿Es un animal? Dijo el cura que tenía muy poco de delicado.

Sin que yo supiera de dónde me vino el valor pero le dije: “más animal será usted”.

El cura quedó mudo. Mi madre se puso colorada y me sacó de allí.

Ese día supe que nunca sería católico. Y comencé a organizar mi cabeza para ser agnóstico.

Llegaron los ocho años y no hubo fuerza en la tierra que me llevara al catecismo.

Ni las burlas de mis amigos que me decían hereje.

Ni a los tedeum iba, me quedaba afuera de la iglesia esperando que terminara.

Ni mis noviecitas lograron convencerme que las acompañara a misa.

El cura Gómez fue el precursor de mi carencia de fe cristiana. Me obligó a explicarme el universo a fuerza de raciocinio. Gracias, Padre.

Era un cura hereje. Mataba a las palomas con una escopeta del 16 para que no le cagaran los altares. Se lo veía a la siesta, de sotana, escopeta en mano disparándole a las inocentes palomas, emblema de la paz.

Cientos de testigos capillenses pueden afirmar que lo que digo es cierto.

Algún día, un Dios piadoso se llevó al cura Gómez antes que lo busque el diablo.

Ya en la adolescencia hubo otro cura, contracara de Gómez. El Padre Ferreyra. De los Ferreyra de Córdoba. Amigo de los hermanos Di Fulvio, transformó la casa parroquial en una peña folclórica. Allí sí iba, con mucho gusto, pero ya no me interesaba la religión. Tampoco la necesitaba. Periódicamente escuchábamos allí a los mejores folcloristas del momento. Así se ganó unas cuantas almas para la causa.

Ferreyra era un buen cura. Simpático y agradable. Amante de la música y del vino. Algunas malas lenguas del pueblo – que nunca faltan – dijeron que también le gustaban las mujeres. Cosas de él, me dije.

Volviendo al comienzo de la historia me digo, claro, para los curas son un problema las palomas. Le ensucian los altares.

Hace pocos años viviendo en Villa Allende estaba de párroco el cura Mariani, hermano del famoso cura Mariani de Córdoba. También lo volvían loco las palomas. Fue astuto. Se consiguió un águila amaestrada, experta en la caza de palomas. Las cazaba al vuelo.

Parecía una espectacular batalla aérea.

En una sola tarde mató como cincuenta palomas. Fue suficiente, la que quedaron se fueron bien lejos. De tanto en tanto volvían algunas, el padre Mariani traía el águila y repetía la limpieza.

Más o menos así debió ser la conquista de América,
¿Verdad?

En el Guaicaipuro

El Guaicaipuro es, entre otras cosas, un mercado popular muy conocido de Caracas. Está ubicado sobre la Avenida Andrés Bello, unos cien metros hacia el Este del elevado de entrada a San Bernardino.

Un típico mercado popular como otros tantos que existen en los países latinoamericanos, donde se puede comprar de todo: conejos vivos o muertos, carnes de todo tipo, pescados; ropa popular y también la cara, de marca, posiblemente contrabandeada.

Algo parecido a nuestras ferias callejeras, pero concentradas, permanentes y mayores.

A medida que lo conocíamos cada vez comprábamos más cosas allí. Particularmente los jean de marca, a mitad de precio en relación con las tiendas. Era incómodo probarse la ropa, en un pequeño tarantín de lona que te cubría solo hasta la altura del cuello.

La amabilidad de la gente, de los vendedores, compensaba. Un pequeño mundo de alegría, la alegría que produce la comida en abundancia y las mil ofertas reinantes. La buena calidad de los alimentos, sobre todo de la verdura, era un argumento decisivo. De modo que los sábados por la mañana íbamos al Guaicaipuro a hacer las compras.

Ese sábado, en los años ochenta, después de hacer las compras, salíamos del mercado en un pequeño chevette color dorado cobre que teníamos como segundo auto y tomamos la Andrés Bello hacia el Este, como siempre hacíamos, para doblar en U en la primera esquina, lo cual estaba normalmente permitido, para regresar por la misma avenida hacia el Oeste, rumbo a San Bernardino, donde vivíamos.

Ese día, un control policial no permitía esa maniobra. Pero yo ya la había comenzado, y me pareció imprudente parar, de modo que realicé la curva bajo el estridente silbato del policía. Algún recuerdo ancestral me debe haber impulsado hacia la locura. Aceleré, mientras dos poderosas motos con sus sirenas me alcanzaban justo debajo del elevado de entrada a San Bernardino y me cerraron el paso mientras descargaban en mí toda clase de impropiedades y se juntaba la gente alrededor nuestro.

Allí recordé que no traía los papeles del auto. Nuestra casa estaba a no más de quince cuadras de allí. Le dije a Susana, bájate, toma un taxi y busca los papeles del auto. Así lo hizo. No sin antes sumarse también a los insultos que todo el mundo me dedicaba. En medio del desorden total que reinaba apareció un policía negro y gigantón y dijo: “Me lo llevo, capitán.”, y se subió a mi lado. Me ordenó con voz tajante: “Arranque, tome por allí.”. Yo estaba bastante preocupado. Susana no había regresado. No tenía los papeles del auto... cuando avanzamos cien metros me dijo el gigantón: ¿Pero qué hiciste argentino? ¿Qué te pasó? Mis compañeros están que vuelan; el oficial a cargo ni hablar....”

¿Y tú que piensas? Le pregunté.

“A mí me divierte, no todos los días suceden cosas así.”

¿De dónde eres? Le pregunté, cuando lo vi risueño.

De Santo Domingo, soy dominicano.

¿Cómo se arregla esto? ¿A dónde me llevas?

Me caes simpático. Esto se arregla con doscientos bolos (bolívares), cien para mí y cien para el capitán, acércame un par de cuadras así me bajo.

Lo dejé a una cuadra de dónde se había armado el despeloté, me saludó sonriente, y me fui para casa.

Susana llegó un rato después (a continuar sus puteadas) y me contó que la gente le dijo que me habían llevado detenido. Preguntaba a los policías y a la gente a donde ir a buscarme. Hasta que una doñita sabedora le dijo: vuelva a su casa y espere que la llame por teléfono. Así terminó esa historia. Nunca pude explicarme porqué hice esa locura.

Pero puse a prueba el concepto de libertad con que se vivía en la Venezuela de entonces, y que una simple travesura no era vista como un delito. Además, se arreglaba con poco.

Un lindo país aquel.

Un increíble bullicio el del mercado Guaicaipuro, esos sábados por la mañana.

Y el recordado aroma de las verduras frescas y las frutas tropicales.

Y los goajiros vendiendo ropa contrabandeada.

Una postal.

Década plus

Yo creo haber gastado la mitad de mi vida entre 1963 y el 74, del mismo siglo.

Qué década impresionante. Qué manera de vivir.

Era como un amanecer ininterrumpido, con una luz intensa.

Éramos irresponsables y bohemios. Barriletes que por momentos cortábamos el hilo para poder volar. Volábamos de la mano. Para hacer el amor en las nubes, que sonaban blanditas, como de espuma.

Todo lo invadíamos. Todo nos invadía. La música venía de todas partes. Desde afuera. Y también desde adentro. Por ese tiempo debieron encontrarse el bombo y la batería, y ya no se separaron más.

¿Quién inventó la música?, - pregunto - ¿Los Beatles? ¿Los Rollings? ¿Pichuco? ¿Piazzola? ¿Los Chalcha? ¿Los Fronte? ¿Paul Anka? ¿Gigliola? ¿Cedentano?

¡¡ Que despelote!!.

Todos vivíamos en el mismo conventillo de los sesenta.

Hasta con los Gatos. Aunque todavía sin ratones paranoicos. El Charly histórico recién golpeaba la puerta.

Después vino la noche. Que se llevó todo Y nos dejó huérfanos para siempre.

Una década inolvidable que merecimos vivir varias veces, como esos libros que uno quiere leer más de una vez. O esas películas que necesitamos repetir una y más veces.

Si, esa década mereció ser vivida varias veces. Con sus dolores y sus pérdidas. Con sus encuentros, desencuentros, triunfos y derrotas.

Éramos piel y también cerebro. Queríamos subir con Gagarin a dar la vuelta al mundo, y con los otros, a visitar la Luna.

Escribíamos con lápiz portaminas o birome, primero, y máquina con teclado mecánico después. Hacíamos cálculos matemáticos con una Monroe a manija, que solo sumaba o restaba, para multiplicar le dabas muchas vueltas. Así y todo completábamos los informes y hasta los errores con “cuadrados mínimos”. (perdón, fue una invasión de la Física).

Por el 70 la IBM introdujo la computadora 1130. Ocupaba una sala de 100 m², climatizada, por el calor que generaba ese cerebro complejo.

Esa máquina tenía una capacidad infinitesimal comparada con un celular actual, o una tableta. Kilómetros de cinta perforada para meterle un par de datos. Había que estudiar programación, el nuevo idioma para entenderse con las máquinas.

Con esos medios fabricamos reactores nucleares y cohetes, antes automóviles, locomotoras y aviones. Y un montón de cosas que cada vez salían mejor, y más baratas que las importadas. No estaba la globalización a mano. Seguramente tampoco nos interesaba demasiado. Cuando llegó, nos corrieron cincuenta puestos en la fila. Nunca entenderemos por qué. Se acabaron primero los cohetes. Luego los aviones. Los reactores solo para laboratorios. A portarse bien con el mundo, dijeron los ganadores de la guerra.

Eso era ya la noche. Habían terminado nuestro amanecer.

La noche continúa, por eso seguimos dormidos.

En aquellos tiempos no creíamos ni pedíamos milagros.

De hecho, no los hubo.

Las minas de Capilla

No se entusiasmen, no se trata de mujeres, se trata de minería.

Había dos minas muy conocidas en Capilla del Monte. Una, la mina de mica, camino a San Marcos Sierra, la otra, la mina de granate, subiendo por el arroyito de los Lencina, entre el Puente de Muiño y el Águila Blanca..

De la primera hablamos poco ya que la mica fue cayendo en desuso frente a nuevos materiales aislantes.

El granate, en realidad, wolframio, es el mineral del tungsteno, que cobró mucha importancia en la fabricación de aceros especiales y otras aleaciones.

De esta mina hablamos bastante cuando escribimos las “piedritas de oro”.

¿Había otras minas? Seguramente sí, pero por suerte para el medio ambiente, parece que su explotación fue desechada. Recuerden que no hace mucho hubo intentos de explotar oro a cielo abierto en Ongamira, y que eso condujo a crear un movimiento de protesta que tomó el nombre de “Ongamira Despierta” . Quizá hubo otras acciones de resistencia, que desconozco.

Mucho antes, en mis tiempos, se hablaba del uranio en el Uritorco, pero por suerte, parece que se lo llevaron los ovnis.

De lo que no se habla mucho es del agua.

Capilla tuvo un agua privilegiada en sus vertientes.

La más famosa fue la de San Salvador, que competía con Villavicencio en abastecer a los bares y comedores de los ferrocarriles.

A finales de los 90' fui contratado por el Sindicato Petrolero de Córdoba, entonces conducido por el finado Jorge Borelli, para elaborar un proyecto para recuperar la planta de San Salvador. Trabajé un buen tiempo en eso acompañado por el Ing. Allié, que estuvo a cargo de esa planta en sus últimos tiempos de funcionamiento, cuando pertenecía al grupo Greco. El Sindicato se quedó con todo el predio cuando fue rematado, incluyendo la Planta, y las serranías donde nació El 44, hermoso sitio que pude disfrutar en esos días, en los 90'.

Mirar lo que quedaba de la planta producía sentimientos contrapuestos. Todo abandonado. Pero permanecía la vieja fuente de mayólicas en la que en su época de esplendor tenía un sapo de bronce y por su boca brotaba un chorro de agua mineral. Los turistas llenaban allí sus vasos para beber esa sabrosa agua, con gusto a minerales.

El resto de las instalaciones, la planta de envasado, los depósitos, la infraestructura industrial prácticamente derruida.

Pero el agua permanecía. Continuaba corriendo por su pequeño cauce ancestral.

El proyecto de factibilidad se completó. Lo hicimos en base a la instalación de tecnología de punta, para envasar en PET (era el momento del esplendor de ese tipo de envase, que ahora vive un triste destino).

Requería una inversión cercana a 10 millones de dólares, que en esos tiempos no sonaba tan grande.. Incluso me reuní con banqueros italianos dispuestos a ofrecer financiamiento al Sindicato (cosa increíble y extraña, en Europa se confía en los sindicatos). Más aún, eso —el sindicato- era un punto a favor.

En el aspecto técnico el agua tenía solo un problema de calidad: exceso de flúor. Pero junto con Allié conocimos un proceso simple para reducirlo.

También supimos que el agua de la vertiente proviene de corrientes profundas que se sumergen en los Andes y afloran en ciertos puntos del centro del país. En el caso de San Salvador parece que el “dique” que la retiene es el Uritorco. La obliga a sumergirse a varios miles de metros, trayecto que la carga de minerales, y aflora allí, en ese sitio cercano a Los Paredones. Posiblemente la otra vertiente famosa, llamada “El ojo de agua”, tenga origen equivalente, ya que no está muy lejos de allí. También el agua profunda de Los Terrones y del Valle de Ongamira puede que tengan ese origen.

Pese a que era técnica, económica y financieramente factible, el proyecto fue descartado inteligentemente por Borelli. Con mi informe final en sus manos, me dijo: “No lo haremos Carlos, nosotros somos sindicalistas y hemos aprendido de hotelería, pero no me imagino manejando industrias”. Yo sabía que eran lúcidas sus conclusiones e inteligente su decisión. La salida podría haber sido concesionar ese tesoro acuático a un grupo empresario con capacidad industrial. No sé si lo pensaron o intentaron.

Las decisiones de Borelli eran generalmente precisas y determinantes. Supe apreciar mucho a ese hombre diferente del mundo sindical. Y tuve incluso cierta amistad y aprecié su dispuesta colaboración con las causas ambientales. Posiblemente El Hotel de la Cañada sea (aunque tenga una estrella menos) el mejor hotel de la Ciudad de Córdoba, y el hecho que allí te brinden plantines de quebracho y algarrobo es todo un mensaje.

Que enorme contradicción hubiera sido envasar agua en PET.

Mérito de la intuición de Borelli haberlo desechado.

Es posible llegar a esta conclusión: si hay una riqueza minera en la zona de Capilla, es el agua. Simplemente el agua. No es un agua cualquiera. Es especial por su contenido mineral. Hay que cuidarla mucho, es una promesa de futuro que el pasado no supo explotar.

Recuperar y cuidar las numerosas vertientes debe ser una prioridad de la gestión municipal. Ese territorio está lleno de vertientes de aguas exquisitas y diferentes. El Agua de los Palos, en Las Gemelas; la vertiente del Aguila Blanca; la cascadita en la mitad del Uritorco; el caño que afloraba en La Toma (¿Existe todavía?); las vertientes cercanas de La Granja, con la cual se llenaba la Pileta Municipal; el goteo helado en las arcillas de Ongamira y Los Terrones; en fin, en esa zona, aflora agua por todos lados.

El Uritorco es como un gran depósito que la extrae de la profundidad, la almacena, la presuriza y la distribuye.

Si se lo piensa bien el Uritorco es más importante por el agua que por la supuesta energía que le adjudican.

Es obvio comprender que a “las espaldas del Uritorco”, hacia las Sierras Chicas acontece lo mismo. Por algo tienen su nombre Agua de Oro, Valle Azul, y las bondades que ofrecen las aguas de La Granja y Ascochinga.

En medio de ese espacio, lejos de las poblaciones, nace de aquellas vertientes el Río Pinto (hermoso río) que se proyecta hacia las planicies del sudeste provincial, pasando cerca de Santa Catalina, en un caserío que se llama Todos Los Santos.

Oficio político de capillenses y serranos, valorar y cuidar ese tesoro, atentos a la consigna “el agua vale más que el oro”.

Cuando vencimos un prejuicio

Este relato debe ubicarse en los primeros años de la década del sesenta.

Yo cursaba en ese entonces la carrera de física en la Famaf. Estaba en ese tiempo cursando materias de segundo o tercer año.

Habíamos creado ya el Centro de Estudiantes y Egresados desde el cual entre muchas otras cuestiones criticábamos el encierro sistemático de los científicos frente a ideas o actividades que se salieran de la “norma”.

Regía por entonces una actitud “religiosa” dentro de la ciencia, la cual se supone debe ser la práctica de la racionalidad

Por entonces reinaba en la Famaf una generación de “brillantes” en los tres campos, la matemática, la física y la astronomía. Varios de ellos hicieron doctorados sobresalientes en reconocidas universidades del exterior, dirigidos por científicos de renombre.

Nuestro pensamiento de apertura hacia la filosofía, la literatura y la política era mirado con cierto recelo o desprecio por algunos de ellos. Otros, en cambio, acompañaban nuestra apertura.

Uno de ellos, matemático brillante, quizá uno de los más destacados que generó la Famaf, el Tito Grumbaun, fue uno de los que más acompañaron nuestras posiciones. Otros matemáticos conocidos: Humberto Alagia; Rony Kaplan, también apoyaron nuestra movida. En la física y en la astronomía predominaba – entre los avanzados - un pensamiento más conservador. Había excepciones pero no superaban los dedos de las manos.

En las nuevas generaciones se alimentaba un cambio de actitud, que finalmente se produjo, para el bien de todos.

Un personaje denostado por la ciencia convencional era un físico, creo que recibido en la Universidad de la Plata, José Alvarez López, que trabajaba de profesor en la UTN y se dedicaba a estudiar los “fenómenos prohibidos”, como los ovnis, los alienígenas y los misterios de las pirámides de Egipto.

Era obviamente un personaje fuera de norma, no reconocido como científico por las huestes de la Famaf.

Pero con el Tito Grumbaun pensábamos que había que superar las rejas de la jaula y ver y saber lo que sucedía afuera. Todo.

Comenzamos por traer de conferencista a Risieri Frondizi, filósofo, antropólogo, hermano del que fue presidente, reconocido militante de la izquierda. Un transgresor, que sin embargo fue Rector de la UBA y ocupó cargos importantes en el campo de la ciencia y la cultura. La conferencia se realizó en el anfiteatro de la Facultad de Arquitectura, y fue estruendosa, con cientos de militantes, y otros tantos curiosos, por conocer el pensamiento de Risieri.

Continuamos nuestra apertura organizando una peña tanguera con gente de la Facultad de Filosofía de la UNC. Nos juntábamos, físicos, matemáticos, astrónomos, los viernes por la noche en el Gardes Bar, con Giordano; Del Barco; Delich, entre otros filósofos de renombre. Allí escuchábamos tangos de Gardel y conversábamos sobre todos los temas intelectuales de interés que dominaban la época previa al Mayo Francés y al Cordobazo Argentino.

Dentro de esa actitud liberaría nos planteamos con Tito Grumbaun reunirnos y hablar con Alvarez López. Sonaba a sacrilegio en aquella comunidad imafeña de los sesenta.

Lo contacté en la UTN, era fácil reconocerlo, vestía con desparpajo, por ejemplo, solía andar con medias diferentes en cada pié. Aceptó la reunión y nos invitó a su casa, ubicada por la zona de Villa Belgrano, una gran casona familiar. Él era parte de la familia dueña de “Café Alvarez”, marca que aún perdura en el comercio. De allí obtenía los fondos para sus investigaciones.

Un sábado por la tarde, junto con Tito y otros que no recuerdo bien, quizá Isaias Abrutzky, Horacio Dottori, Elvio Alanías u otros, concretamos la visita.

Alvarez López resultó ser un tipo agradable y simpático, portador de un pensamiento diferente, fuera de norma. Nos contó anécdotas de su vida, sus viajes a Egipto que le permitieron escribir uno de sus libros más famosos. “El enigma de las Pirámides”, en el cual describe propiedades y características asombrosas de la Gran Pirámide, las relaciones matemáticas que determinan sus dimensiones; la construcción con bloque de granito de varias toneladas traídas de sitios muy alejados; en fin, todo lo que se conoce de ella.

Su interpretación apuntaba a la participación, en su construcción, de integrantes de una raza superior, extraterrestre.

Nos contó una interpretación suya sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra. Según él allí llegaron un día dos alienígenas, asexuados ya por el avance cultural, con aspecto angelical, a los cuales el pueblerío sacrílego quiso violar. El rey trató de impedirlo, entregando a sus hijas para salvar a los alienígenas. Pero no lo logró, y los violaron. Cuando lograron subir a su nave y escapar, los alienígenas resolvieron que esa civilización estaba perdida y les arrojaron sendas bombas que destruyeron las ciudades. Esa era su versión.

A la cual agregó: por eso no quieren volver a aterrizar los ovnis.

Tenía un espíritu divertido.

Claro, observado a través del microscopio de la Ciencia Oficial era un profano.

Con Tito Grumbaun regresamos de esa reunión incrédulos sobre sus teorías, pero satisfechos por haber vencido un prejuicio.

Eso nos hizo sentir más científicos, y más humanos, por supuesto.

Cuando le contamos a Maiztegui la experiencia, nos miró sorprendido por nuestra valentía. No dijo nada, pero creo que admiró nuestro gesto.

Maiztegui era un liberal coherente.

Y un buen padre, no solo de sus hijos, también de todos nosotros.

Lo peleábamos, pero también lo apreciábamos.

La trucha de La Toma

Este romance fue antes de los sesenta. Por ese entonces nos gustaba la pesca. Nos convocaba siempre el Dique Los Alazanes y el arroyo que de él bajaba. En sus remansos y cascadas pescábamos truchas. También en el lago, al amanecer.

Por ese tiempo veíamos siempre, en el fondo de la olla de la cascada principal de La Toma, una trucha de las grandes. Quizá había más y no era siempre la misma, pero en nuestra creencia la definimos como única: la trucha de la cascada de La Toma.

Allí la veíamos, sobre todo en invierno, cuando el caudal baja y la espuma de la cascada permitía ver el fondo con claridad. Pensábamos que en el verano, con cientos de turistas bañándose en esa cascada, la trucha se iría de allí. Pero no, permanecía.

Se fue convirtiendo en una obsesión amorosa por poseerla. Tratábamos de pescarla con diferentes carnadas. Llegábamos a ubicar el anzuelo con la comida delante de ella. Pero nada.

La trucha de La Toma era indiferente a nuestras demandas.

Todos sabemos que eso es una provocación al amor.

De modo que comenzamos a amarla. Y a protegerla de otros pescadores arrojando alguna pedrada imprevista cuando alguno se proponía pescarla.

Es difícil precisar la longitud del tiempo en el pasado. No recuerdo cuántos años duró esa presencia en la cascada. Mi recuerdo actual sigue siendo nítido: esbelta, dorso grueso y marrón, clásico de las truchas criollas, no era una arco iris.

Permanecía inmóvil durante largos minutos. Luego, si algo la perturbaba se metía debajo de las rocas, donde seguramente la cascada formaba cuevas.

Seguramente esa visión de la trucha, en el fondo cristalino de la olla de La Toma, duró dos o tres inviernos. ¿Sería siempre la misma? Para nosotros sí.

Un amor no correspondido de la adolescencia: la trucha de La Toma.

Treinta años después visité La Toma, entonces inundada por una nube de sahumeros, con sus boliches llenos de una colorida santería artesanal. La mística reemplazaba a la peperina y el té de la India a la cerveza. Aunque si pedías una, te la traían.

Me asomé a la cascada, obviamente la trucha ya no estaba. Se había ido, junto con mi juventud.

Los viernes del Caribe

Posiblemente se lo pueda pensar como una ceremonia machista. Pero seguramente se trataba de un modelo libertario, en el cual ellas silenciaban lo propio.

Lo cierto es que en los viernes de aquella Caracas que conocí en los ochenta, las noches eran permisibles, de bares, tugurios, tragos y hasta caimanas.

Para que no perdieran su encanto debían conservar el misterio de lo prohibido, a pesar que eran acontecimientos públicos por esa tendencia de los borrachines de publicitar sus hazañas.

Mi primer viernes caraqueño fue singular. Hacía meses que ya trabajaba en la Universidad Central, con un buen sueldo, que nos podía sacar de la miseria familiar que todavía padecíamos, pero habían pasado ya varios meses desde el ingreso, y mi pago no salía. Es normal, me decían, la administración demora.

Nosotros habíamos logrado alquilar una “residencia Taormina”, un pequeño apartamento en uno de los dos o tres aparta hotel que había entonces. Era confortable pero no barato. Lo pagaba con préstamos de solidarios amigos, y era urgente pasar a algo más estable y de menor costo. Pero debía cobrar los sueldos atrasados.

Mi amigo Raúl Conde, quien me había ayudado a ingresar a la Universidad me dijo aquel viernes:

- Para acelerar tu cobro puede ser conveniente invitar a tomar un café, esta tarde, al Secretario de la Universidad, es un tipo solidario, le cuentas tu situación y seguramente algo hará para acelerar el trámite.

-

Y así fue. Como a las seis nos fuimos los tres al centro de Caracas. No avisé nada a mi familia porque suponía que sería cuestión de media hora...jah.

Nos sentamos en un lindo bar y el secretario dijo: no es hora de café, es hora de whisky, y ahí nomás le pidió al mesonero una botella de Old Parr, con todo el hielo necesario para inundar los vasos, según cultura local.

Para suerte de mi delicado equilibrio frente al alcohol a raudales, pidió también algunas raciones de empanaditas de cazón, el acompañante sólido habitual de esos horarios.

Debimos conversar muchas cosas que no recuerdo, como esos viajes aéreos que transcurren en medio de las nubes y solo se ven imágenes dispersas del paisaje. Así fue esa noche. En la segunda botella de Old Parr yo había atravesado ya el límite del no retorno, rumbo a un aterrizaje forzoso.

Si recuerdo que en medio de esa noche cargada de rostros, cantos y festejos, apareció la triste figura de un hermano de Jaime Dávalos cargando una borrachera triste, porque esa noche actuaba en el Litoral su sobrina predilecta Julia Elena, a quien no podía saludar siquiera por rupturas familiares no resueltas. Y entre trago y trago, sumado a nuestra mesa, recitaba sus pesares. Poetas innatos los Dávalos. Vivía desde hacía muchos años en Caracas, luego de pelearse con su familia, explicó dolido y triste.

¿Qué pasaba mientras tanto con mi familia, cuando pasada la medianoche nada sabían de mí, desaparecido en la peligrosa noche caraqueña?

Susana llamando a Estela, la esposa de Raúl, y juntas recurriendo a la policía, para que nos busque. Gestión inútil, la policía, conocedora de la realidad nocturna de los viernes, aplicó una lógica precisa: “no se preocupen, deben andar de tragos, ya vendrán”.

Y así fue, casi de amanecida, sin mareo importante, pero con una enorme borrasca, llegué caminado a las Taormina, con una botellita de Old Parr vacía.

Estuve con el Secretario, expliqué, tramitando mi pago.

Susana, trasnochada y más que molesta, me preguntó: y esa botella, para que la traes?

- Para hacer un velador.- dije, convencido de mi inocencia de ángel.

Poco tiempo después la Universidad pagó todos mis sueldos juntos. Nunca me sentí más rico que ese día. Cancelé todas las deudas acumuladas durante casi nueve meses de supervivencia mágica, y la vida se enrumbó. Por fin.

Lo festejamos con nuestro primer viaje a la Isla Margarita, de donde regresamos cargados de cosas necesarias para armar la casa y de la tradicional caja de whisky, con sus cinco botellas y los hermosos vasos, que aún conservamos, son eternos.

Era otra Venezuela, la de “está barato, deme dos”, la Venezuela que recién comenzaba a salir de sus treinta años de estabilidad, con dólar fijo, y precios en los productos con etiqueta fija.

Un universo nuevo para nosotros, que nos devolvió la vida y la libertad.

Los paseos a caballo

Posiblemente Myrta Renda, con su amor y dedicación a los equinos, pueda agregar cosas interesantes, sensibles y emotivas a este relato.

Seguramente en los pueblos de las serranías cordobesas continúen los paseos en caballos alquilados por baqueanos de la zona.

Pero mis recuerdos están anclados en los tiempos de mi niñez y adolescencia en Capilla del Monte.

Caballos famosos que se alquilaban eran los del mudo González, pero yo, que no era un buen jinete, prefería los que alquilaba Don Gómez, que siempre me reservaba una yegua mansa, que ya me reconocía. El Mudo tenía de todo, caballos mansos y otros más briosos para aquellos que les gustaba una cuota de riesgo.

Los caballos se alquilaban por hora o por paseos. En éste último caso el baqueano acompañaba a los excursionistas para guiarlos y cuidar y atender a los caballos.

Había varios paseos clásicos: cercanos: El Zapato; el Cajón del Río; el Puente de Muiño; intermedios: Los Mogotes; La Toma; la Mina de Mica; más lejanos: el Ojo de Agua; Los Terrones; el Agua de los Palos; Los Paredones; posiblemente los más alejados eran el Dique Los Alazanes y Las Huertas Malas.

Al Uritorco no se subía a caballo, allí había que caminar.

Una de mis primeras experiencias de jinete fue desastrosa. Íbamos rumbo al Cajón del Río, con un grupo de turistas y yo, en la mansa yegua que me alquilaba Don Gómez. Había un pradito ideal para probar una galopeada. Mi yegua pasó por debajo de un espinillo. Creo que no hacen falta más detalles.

En otra, íbamos varios montados desde Ongamira a los campos del finado Don Samuel Córdoba, y teníamos que bajar la “cuesta del León”, una empinada ladera en la cual los equinos bajaban en zigzag. Yo desmonté y baje caminando, llevando a mi caballo de las riendas. Es resto me cargaba. Yo impasible.

Desde la infancia me quedó un vacío: no haber tenido un caballo con el cual conversar, acariciarlo en el cuello, cepillarlo. En fin. Practicar todo el amor que despierta un caballo.

A los turistas les gustaba mucho ir al Ojo de Agua, atravesando ese hermoso monte poblado de palmeras caranday, un espectáculo.

A los caballos les gustaban los arroyos, porque allí metían sus patas en el agua, bebían con calma y saboreaban el pasto verde y fresco que crece en las orillas.

El regreso de los paseos era rápido. Los caballos rumbeando de retorno a sus hogares no necesitaban otro estímulo, Era casi imposible refrenarlos. El baqueano se reía.

Había varios puntos en el pueblo donde se ofrecían los caballos, En la plaza, por supuesto; en la zona de la estación, allí solía estar el Mudo con su tropilla; en la bajada de la Iglesia; en la calle Deán Funes, entre Corrientes y Salta. Lugares bien arbolados, generalmente con Paraísos, que brindaban sombra en los cálidos veranos capillenses. Los caballos con sus colas espantando las moscas, a veces durmiendo parados en espera de los clientes.

Otra historia eran los burritos para los niños. Con el changuito conduciéndolos, porque los burros suelen ser mañeros, decían los que los conocían. Son más confiables los caballos, agregaban.

Me gustaría mencionar a las “amazonas” locales, que montaban a pelo, luciendo a sus caballos y a su juventud. Con sus insinuantes breeches ajustados a sus muslos, pelo al viento.

Pero no quiero ser injusto, solo recuerdo bien a dos de ellas: Eunice Luqui y Myrta Renda. Ya sumarán otras los lectores y pondrán la necesaria justicia a mi borrosa memoria.

Las bicicletas de Taiwan

Hace aproximadamente un poco más de veinte años, me contaba esta historia un hijo del famoso fabricante de bicicletas de Córdoba, el Sr. Tomaselli.

Sorprendido por los precios imposibles de competir que ofrecían los fabricantes de bicicletas de Taiwan, decidió visitarlos.

Lo llevaron a un galpón vacío. Solo un guardia estaba allí.

En un momento dado comenzaron a llegar trabajadores. Cada uno venía con una cajita de herramientas.

Se detuvo en la puerta un container grande, vacío.

Comenzaron a llegar containers de menor tamaño; uno traía cuadros, todos de un mismo color. Otro traía manubrios. Otro, ruedas. Otro, pedales y cadenas. Etc.

Sobre unas mesas de caballetes los trabajadores comenzaron a armar las bicicletas, todas iguales, en tamaño, color y características.

Cuando terminaron, llenaron el container que esperaba.

Todos se fueron. Nuevamente solo quedó el guardia.

Nosotros exportamos un container por cada modelo, tipo y color. Esa es nuestra unidad mínima de producción y venta. Cada trabajador cobra por lo que hace.

Todas las partes son fabricadas por pequeños productores independientes que se especializan en un componente de la bicicleta. Aquí solo ensamblamos y exportamos a todos los rincones del mundo.

El hijo de Tomaselli me dijo: ¿Quién puede competir contra ese sistema?

Dos años antes había fracasado a nivel nacional un programa desarrollado por la Secretaría de Industria de la Nación, llamado Programa de Proveedores. Consistía justamente en que las grandes empresas terminales y las grandes PyMES desarrollaran a sus propios proveedores de partes, cuyo costo podía disminuir si se lo realizaba en estructuras más pequeñas. Un modelo parcialmente similar al descrito, pero solo apuntaba a la producción de partes menores y accesorios. Una nueva escala en la generación de micro pymes. Y había experiencia nacional, así lo había hecho la Fiat en sus comienzos aquí, en nuestra provincia.

Lástima que aquellos proveedores de la Fiat, principalmente italianos que extrañaban el campo, en lugar de reinvertir en sus pequeñas empresas se dedicaron a comprar tierras agrícolas. Y cuando llegó el momento de competir, sus sistemas estaban desactualizados.

Este programa de Proveedores no llegó ni a iniciarse, por el desinterés de las empresas madre y la ineficiencia del propio Estado.

Con solo pensarlo un poco entenderemos que se trataba de un programa generador de trabajo genuino, quizá a contramano de nuestra cultura sindical, la cual se mantiene inmóvil desde los tiempos de los anarquistas. Atrincherados en sus privilegios y apostando a la política de los grupos de poder.

Bueno es destacar que aquella es la forma en que trabajan los países orientales.

El sistema productivo de Japón es un conglomerado de pequeñas empresas familiares.

Nos guste o no, con ellos debemos competir en el mercado globalizado.

Venimos bastante atrás en esa cola.

Y cuidado, nos persiguen fieras hambrientas.

El colectivo laboral suele soñar todavía con aquéllas fábricas de gruesas paredes, estables, construidas para durar cien años...

...suena a Becker: ¿Volverán las oscuras golondrinas? No, esas no volverán.

Habría que preguntarle a los Tomaselli cómo hicieron para sobrevivir... posiblemente hayan decidido, como otras empresas nacionales, traer partes de diferentes lugares del mundo para ensamblar aquí. Tal vez no, ¿seguirán siendo fabricantes?

No lo sé.

Los tiempos de Evita

Yo tenía diez años cuando murió Evita. Recuerdo que en mi casa todos lloramos ese día. Recuerdo que después, todas las noches, a las 20.25. Radio Nacional daba esa hora diciendo: “hora en que Eva Perón pasó a la inmortalidad”.

Evita, efectivamente, fue y es inmortal. Su gestión duró sólo seis años, si, solo 6 años, e hizo por los humildes y por las causas justas del pueblo todo lo que venía postergado en el siglo y medio de historia nacional.

Tuvo tres grandes banderas: la de los humildes; la de los niños; y la de la mujer.

Copio y pego aquí una síntesis publicada en la web:

“Impulsó y logró en 1947 la sanción de la ley de sufragio femenino. Tras lograr la igualdad política entre los hombres y las mujeres, buscó luego la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad compartida con el artículo 39 de la Constitución de 1949. En 1949 fundó el Partido Peronista Femenino, que presidió hasta su muerte. Desarrolló una amplia acción social a través de la Fundación Eva Perón, dirigida a los grupos más carenciados. La fundación construyó hospitales, asilos, escuelas, impulsó el turismo social creando colonias de vacaciones, difundió el deporte entre los niños mediante campeonatos que abarcaron a toda la población, otorgó becas para estudiantes, ayudas para la vivienda y promocionó a la mujer en diversas facetas.

Adoptó una posición activa en las luchas por los derechos sociales y laborales, y se constituyó en vínculo directo entre Perón y los sindicatos. En 1951, para las primeras elecciones presidenciales con sufragio universal, el movimiento obrero propuso a Evita, como la llamaba la población, como candidata a vicepresidenta. Sin embargo, ella renunció a la candidatura el 31 de agosto, conocido como el Día del Renunciamento, presionada por las luchas internas en el peronismo y la sociedad ante la eventualidad de que una mujer apoyada por el sindicalismo pudiera llegar a vicepresidenta.

Debido a un fulminante cáncer de útero, falleció el 26 de julio de 1952, a la edad de 33 años. Recibió honores oficiales, siendo velada en el Congreso de la Nación y en la central sindical (CGT), con un reconocimiento multitudinario sin antecedentes en el país. Su cuerpo fue embalsamado y ubicado en la CGT. La dictadura cívico-militar autodenominada Revolución Libertadora secuestró y profanó su cadáver en 1955, ocultándolo durante dieciséis años.”

Yo vivía en Capilla del Monte por aquel entonces. Recuerdo el campeonato Evita de fútbol, que se jugaba en la canchita ubicada detrás de las vías, antes de llegar al Hotel Las Madreselvas. Recuerdo a los mellizos Zanni integrando el equipo “Once Corazones”, uno de los más famosos.

Recuerdo, ya en el 56, cuando todavía perduraban los Derechos del Niño, me tocó viajar a Chapadmalal, a la colonia de vacaciones. Íbamos chicas y chicos, sin problemas, sin bulling, ni de diferencia de género, nos acompañaban maestras: la Sra. De Saint Genez; Teresita Bandini; la Sra. De Onto y quizá, alguna más...La Srta Molly?..

Viajamos en el tren Serrano; Nos hospedamos en Buenos Aires en el Instituto Otto Krause, donde pasamos una noche, y al día siguiente seguimos rumbo a Mar del Plata. Recuerdo a algunos compañeros: “Balazo” Fernandez; Gustavo Armando; la hija del calesitero (no recuerdo su nombre); Analia Onto (creo); Norma Coseano; y varios más. Creo que éramos como 15 (ayúdenme a recordar los nombres). Recuerdo que en Buenos Aires nos dieron ropa que tenían tapado el sello de la Fundación Evita con una insultante mancha de tinta azul. Tremendo. Muchos de nosotros recién conocimos el mar en ese viaje. Hermoso recuerdo. Épocas de libertad sin peligros.

Recuerdo los años siguientes. La represión. La proscripción. La persecución. Por allí se iniciaron muchas de nuestras rebeldías. Sin embargo, entre chicos y jóvenes sabíamos convivir sin grietas. Quizá existían, pero nosotros las saltábamos. Fue por aquel entonces que tuvimos la posibilidad de construirnos como un país independiente y progresista. Luego, pasó lo que pasó.

Noche de pegatina

Estábamos en plena lucha estudiantil del 66', contra las políticas impuestas en las universidades por el gobierno de Onganía. Ya había sucedido la “noche de los bastones largos”, con todas sus consecuencias. En el viejo IMAF se habían marchado, exiliados, los principales profesores. Nuestro pequeño centro de estudiantes, independiente, agrupaba a la casi totalidad del Instituto. Éramos entonces 120 alumnos en el IMAF. Nuestro Centro tenía la capacidad política de sacar todos los días cerca de cien activistas a las protestas en las calles. Eso nos hizo importantes frente a las grandes organizaciones: el Integralismo, la FUC y la flamanre Franja Morada. Había otras de menor calibre como el MLN (los “Malena”); el PSIN que seguía a Abelardo Ramos; otro grupo incipiente que conducía el recordado “Negro” Reyna (Roberto), que fuera luego un conocido periodista del Diario Córdoba; el Ateneo de Ciencias Económicas, conducido por Domingo Cavallo (si, el mismo); y algún otro grupo que no recuerdo.

Las luchas de Córdoba representaban la vanguardia, porque se había logrado la unidad entre todos los grupos formando la Mesa Coordinadora de Agrupaciones Estudiantiles, admirada y respetada por toda la comunidad universitaria nacional.

Esa noche, que supongo en el mes de agosto, cuando la lucha recrudecía, y la represión también, decidimos salir a hacer una pegatina. Salimos a eso de las tres de la madrugada, para evitar encuentros indeseables, desde la casa del “Chiquitín” Méndez (un corpulento morocho de nuestro Centro, luego matemático) ubicada en la calle Santa Rosa, a media cuadra de La Cañada.

Llevábamos el rollo de murales; un tacho grande de lata con el engrudo; y una escalera corta, para pegar los carteles altos para dificultar que los retiren.

Íbamos varios, recuerdo al “Chiquitín”; a Horacio; al Flaco Solís (que luego trabajó con Reyna en El Córdoba; posiblemente el Corcho, y alguno más.

Andábamos silenciosos por la calle Sucre, entre 9 de Julio y Deán Funes dele pegar carteles. Tratando de pasar desapercibidos para que no nos detectara la policía, que no toleraba esas actividades “subversivas” (cómo cambian los tiempos...).

En un momento, en medio del profundo silencio de la noche se nos tumbó la escalera, y desde allá arriba cayó el tacho del engrudo, que sonó como una bomba sobre el piso. Un estruendo infernal, comenzaron a encenderse luces en las ventanas cercanas.

Huimos, por cierto, llevándonos la escalera porque era del Chiquitín.

Se acabó la pegatina.

Amanecimos tomado mate en la casa del Chiquitín, muertos de risa, esperando que se sequen las ropas de Solís que fue quien cayó con la escalera y el engrudo se derramó sobre sus prendas.

La lucha duró hasta diciembre, la mayoría perdimos el año de estudios.

En la desolación de esa derrota nació una generación que decidió no resignarse.

Para bien o para mal.

El tiempo lo dirá, cuando se escriba la historia completa.

Música romántica y otras vainas

En nuestra adolescencia, mezclada con la presencia dominante del rock and roll; del twist; del cha cha cha; y la rítmica cumbia, estaba siempre presente la música romántica. Los boleros latinos, las baladas norteamericanas o sajonas; las canciones del boom romántico italiano; la música francesa y las canciones griegas, se prestaban para los enamorados.

¿Quién no recuerda completita la letra de temas del Trio Loa Panchos; o boleros cantados por Lucho Gatica, Manzanero, Roberto Yanés o Ricardo Yarke; los inolvidables Plateros; Paul Anka; el eterno Aznavour y sus temas, algunos de ellos recreados localmente por Leonardo Fabio, En esos tiempos se bailaba pegadito cuando llegaban esos temas.

En ese estilo de balada romántica tuvo sus primeros éxitos Elvis Presley, nacido en la música country, la misma que dio presencia a Joan Baez y Bob Dylan.

Desde Brasil llegaba el Bossa Nova, más escuchable que bailable.

La música romántica acompañó los años felices de nuestra generación y perduró en nuestra memoria pese a la llegada de nuevos ritmos que proponían otras formas de ver y sentir la vida.

En los ochenta, la música romántica fue siendo reemplazada por el rock lento, comprometido con la protesta, con la libertad y con la paz, valores que comenzaron a escasear en muchas latitudes.

En esa década fui a vivir a Venezuela. Comprobé que allí, y en el Caribe, en general, perduraba la presencia de la música romántica. La vieja música romántica de décadas anteriores y la que surgía con nuevos intérpretes como Joan Manuel Serrat, José Luis Perales; José Luis Rodríguez; o Camilo Sesto por citar sólo algunos.

En Caracas viví varios años en un barrio llamado El Marqués, ubicado en el borde Este de la ciudad. Para llegar a mi oficina debía transitar la Autopista Fajardo que en los horarios claves no era más que una larga cola de vehículos avanzando lentamente, de a tramos. Para recorrer las treinta o cuarenta cuadras que separaba mi casa de la oficina, con suerte, demoraba, mínimo, una hora. Era cuestión de tomarlo con calma. ¿Qué mejor que escuchar música?. Mi emisora preferida era Radio Unión, dedicada casi por completo a transmitir música romántica, de todos los tiempos. De modo que todas las mañanas consumía una buena dosis musical del pasado. La disfrutaba mucho, y me permitía llegar tranquilo a mi trabajo.

Esa emisora, también por la mañana, transmitía el programa de un comunicador muy original, llamado Juan Manuel Laguardia, pero conocido por todos por su seudónimo. Fullchola (El Sargento Fullchola). En venezolano básico esa palabra significa “acelerador a fondo”. Combina dos palabras, del inglés full (todo) y de la lengua local “chola”, que es como se denomina a la “ojota”, calzado muy usado, por el clima. De modo que el significado de fullchola es simple: “pisar a fondo”.

Fullchola se hizo famoso gracias a su ocurrencia de “narrar” el estado del tránsito, como un servicio a los automovilistas, para ayudarlos a esquivar las famosas y odiadas “trancas”. Durante décadas ese programa mantuvo cautiva a la audiencia automovilística.

Parece que en un comienzo transmitió desde la avioneta Tango Fox de Radio Caracas Radio, Posteriormente *Fullchola* se situó en lo alto de la Torre Oeste de Parque Central, la más alta de Caracas desde donde observaba las principales arterias y transmitía las novedades, adornando el discurso con chistes, ocurrencias y frases populares. No había taxista que no viajara escuchando su programa.

El Sargento Fullchola trabajó en otras emisoras, entre ellas la nombrada Radio Unión, que yo escuchaba todas las mañanas mientras viajaba a la oficina.

Tipo divertido y ocurrente, un típico “jodedor” venezolano, se las ingeniaba para mantener durante horas un programa ágil y divertido.

Recuerdo como anécdota que en un tiempo organizó un concurso de ideas respecto a qué cuento inventar para poder salir con los amigos (y amigas) los viernes por la noche, sin provocar la protesta de la esposa. Se escuchaban ideas increíbles. Verdaderas estrategias machistas muy divertidas.

En una ocasión un oyente contó que para liberarse los viernes, estuvo varios meses estudiando e investigando a su esposa, hasta que descubrió, por casualidad, que navegar en el mar la mareaba y descomponía. Obviamente compró una lancha. Todos los viernes por

la tarde invitaba a su mujer a ir a navegar... No, decía ella, no me gusta, ve tú... Había ganado la batalla.

Fullchola completó su ciclo profesional radial incluyendo radionovelas en sus programas, con participación de un nutrido grupo de actores, siempre dedicadas a la distracción y al divertimento de los oyentes. También incursionó en la televisión, manteniendo el estilo y temática de su producción.

A los fines de esta nota busqué información actualizada sobre Fullchola, pero sus datos se pierden en el año 2011. Es posible que algún amigo venezolano que siguen mis notas nos mande alguna información sobre este personaje que supo alegrar a varias generaciones. Supongo que radio Unión sigue transmitiendo música romántica. Cuando yo paso ese tipo de música en El Sitio, mis hijas dicen: pareces Radio Unión.

Mieles y dulces

Cuando hice referencia a la planta San Salvador no me quedó espacio para recordarles que en el comienzo de la década del 50' la Ruta 38 atravesaba a Capilla del Monte, paralela a las vías del tren, por la Av. Pueyrredón, cruzaba el viejo puente del Calabalumba, pasaba por debajo del puentecito de las vías del ferrocarril; entraba a un nutrido barrio llamado La Banda y desde allí enrumbaba a Charbonier primero, los Sauces después, para llegar a Cruz del Eje.

En ese tiempo el asfalto de la 38 llegaba hasta cercanías de La Cumbre, de allí en adelante la carretera era de tierra.

Fue por esos tiempos que recordamos la llegada triunfal de Jorge Descote ganando la etapa que terminaba frente a la estación ferroviaria de Capilla, con un asombroso promedio cercano a los 88 km/hora, lo cual era un record para esos tiempos, en esos caminos.

Pero volvamos a nuestro tema. Pasado el Calabalumba, a los lados del camino había muchos ranchitos con sus ofertas regionales de cabritos, arrope de chañar o de tuna, y la increíble miel pura que vendían en botellas de un litro, de las que se usaban entonces para el vino.

Justo al frente de la Planta San Salvador había una venta de miel que era famosa, visitada por los turistas que al regresar de la excursión al Dique de Cruz del Eje –admirable en esos tiempos, con su “flor” de agua abierta - hacían la última parada en San Salvador. Miel pura, peperina y otros yuyos serranos era la compra obligada, que luego perfumaba el tren cuando volvían con sus fajos, a Buenos Aires.

Aquella miel multifloral, donde seguramente predominaba el chañar, vendida en botellas recicladas, era fuera de serie. Posiblemente igualaba a la que se compraba a la ida de la misma excursión, en San Marcos Sierras, al donde se llegaba por el camino de La Herradura y del valle del eco.

Saliendo de San Marcos se pasaba por Los Sauces para llegar al imponente dique.

En todo el recorrido se encontraban puestos de venta regionales. A los productos ya citados se sumaban las exquisitas mermeladas de San Marcos; las pasas de higo; los bocadillos de higo con media nuez, envueltos en prolijos paquetitos de papel blanco de envolver o en celofán los más avanzados. Los pastelitos de dulce de membrillo y las colaciones que ofrecían junto al pan casero que traía el olor de la leña que les dejaba el horno. En el dique se comían pejerreyes enharinados, fritos

Había entonces una extendida economía regional gracias a esas temporadas turísticas extendidas, que comenzaban en diciembre y culminaban a comienzos de abril. Las panaderías pueblerinas competían con sus alfajores serranos y los afamados criollitos que traían el sello de las aguas de las vertientes..

Por las tardes, en verano, los exquisitos helados de la Achalay punteaban la competencia entre las cinco o seis heladerías existentes entonces en Capilla..

La otra excursión, con matices gastronómicos, era “la vuelta al mundo”,, que arrancaba por Los Cocos, con la visita a El Descanso; seguía por el dique San Jerónimo, en La Cumbre: para arribar a la famosa Estancia El Rosario donde competían en calidad y gusto los alfajores y las mermeladas, hechas allí, a la vista de los visitantes.

Recuerdo dos productos que me encantaban: un dulce de leche clarito y la mermelada de tomate.

En Las Tres Cascadas de Ascochinga se comía una parrillada organizada por el propio conductor de la excursión, luego se visitaba Santa Catalina y pasando por las alturas de “la puerta del cielo” se desembocaba en Ongamira, para retomar la Ruta 38 en las cercanías de Charbonier, y regresar a Capilla.

Si se llegaba a tiempo, también se hacía una última parada en San Salvador.

Los vehículos habituales eran coches Buick, de los años 30’, de 8 cilindros, los cuales cargaban 8 pasajeros, utilizando una fila adicional de pequeños asientos ubicados detrás de los asientos delanteros.

Regresando al comienzo, es bueno reiterar las bondades de las mieles multi florales de las serranías cordobesas, que arrastraban en sus contenidos importantes principios activos residentes en las hierbas y arbustos, destacándose la derivada del chañar, de reconocido efecto benéfico para los bronquios.

La miel es un producto ancestral cuyos beneficios no se terminan de conocer. Es el más natural de los dulces, y no requiere conservantes para sobrevivir en calidad. Leí hace algún tiempo sobre el hallazgo de una vasija de barro enterrada desde más de veinte siglos, llena de miel, la cual se conservaba en perfectas condiciones. Asombroso.

Por suerte siguen existiendo pequeños productores apícolas que nos permiten obtener miel serrana, pura.

Actualmente solo en las serranías se produce miel. En las grandes llanuras agropecuarias, que hace no más de 20 años, permitieron que Argentina fuera el primer productor mundial de miel, los agroquímicos terminaron con las abejas.

También se sumaron a la desgracia productores ambiciosos que no vacilaron en utilizar antibióticos en sus colmenas, afectando nuestro prestigio en los mercados internacionales.

Por fortuna, en los vallecitos serranos, en los montes, siguen las abejas haciendo su oficio, permitiéndonos obtener ese noble producto, puro, natural.

“Vivir de lo que sé.”

Fue un día de desasosiegos cuándo expresé esa frase.

Corrían los años difíciles posteriores al 76'. Los militares me habían expulsado, junto a muchos otros, de la universidad. Decidieron no eliminarme (como a muchos) pero me exiliaron en mi propio país. Seguramente me salvó alguien con influencia que logró explicarles que en los últimos años me estaba portando bien. O tal vez fue solo el azar.

Pero me perseguían de cerca, con algunas amenazas explícitas transmitidas a quienes alguna vez fueron a reclamar por mí.

Conseguí un buen trabajo (de gerente) en una empresa que valoraba mis conocimientos. Cuando se enteraron, fueron los servicios y les exigieron que me echaran. Ese día supe que solo podría sobrevivir con los oficios aprendidos.

Sabía dar clases de matemáticas y física a los chicos que lo requerían.

Sabía trabajar con madera, y por suerte disponía de algunas herramientas.

Sabía fundir aluminio para fabricar piezas.

No era un experto pero sabía algo de mecánica, aprendida de tanto desarmar y armar mi vieja moto Puma. Y atender aquel Auto Unión de mi padre que tanto disfruté.

Sabía algo de electricidad, lo básico para animarme a hacer una instalación hogareña.

Sabía instalar cañerías para agua, lo había aprendido en la universidad en aquellos tiempos en los cuales los aparatos para investigar debíamos fabricarlos nosotros mismos.

Sabía cosas básicas de los materiales, eso me animaba a construir.

Por allí andaba Horacio C, a quien también habían expulsado el mismo día,. Horacio era también físico, pero con mucha habilidad en electrónica, y amante de la música.

En la Facultad de Agronomía, en la misma acción, habían expulsado a Humberto T, veterinario que podía rebuscárselas bien en su oficio, pero los clientes no abundaban.

Había que sobrevivir.

Con la madera inicié la fabricación de juguetes. Principalmente muebles para muñecas primero y para los propios niños después. Sillitas, mesitas, roperitos. Susana y la mujer de Humberto comenzaron a fabricar ropitas para muñecas (todavía no había llegado masivamente la Barbie, que además era muy cara), ese emprendimiento se llamó “Mis Pilchitas”. Comencé a fabricar exhibidores de madera para las pilchitas, mientras Horacio comenzó a diseñar un órgano electrónico (un organito, para niños). Eso hacíamos.

¡Qué difícil nos resultaba vender!! ¿Cuántas veces salimos de negocios que nos miraban con cierta lástima? Tantas como para comenzar a desistir.

Pero suceden los milagros. Ricardo Cristini (el Riqui) tenía un negocio en Córdoba, en el centro. Puso en vidriera nuestros juguetes, sobre todo las pilchitas, las cuales comenzaron a venderse bastante bien, en tres talles para muñecas. Llegamos a tener 40 modelos, y en sus casas, trabajaban cerca de diez costureras que también necesitaban generar ingresos. Todo era informal y difícil. Buscábamos los retazos de telas en tiendas y fábricas. Reutilizábamos toda clase de madera que encontrábamos. También comprábamos algunas tablas de pino.

Mi primo Horacio Pennacino, hermano de Edith (que suele acompañar estas notas) tenía un negocio de artefactos del hogar en Avellaneda, Buenos Aires. Comenzó a vender los muebles para niños que yo fabricaba. Yo le enviaba los mueblecitos y él los vendía y me giraba el dinero. Muy solidario.

Un día diseñé una “casita de bosque” en madera oscura, con ventanitas con cortinas de colores. Adentro tenía una luz. Actuaba como un verdadero velador para acompañar el sueño de los niños, que no son amantes de las oscuridades.

Era trabajoso hacerla, pero vendimos un montón, quizá cien, o más, ya no recuerdo. Fue el producto estrella de ese tiempo de desolaciones.

Siempre sucede algo. Para bien o para mal.

Se abrieron las compuertas a la importación y nos invadieron los juguetes japoneses. Bellos más que los nuestros, por supuesto, y baratos. Se acabaron los juguetes de madera. Se terminaron las pilchitas.. Llegó la Barbie y terminó con todo lo nuestro.

El margen se había reducido.

Un tiempo después me fui a fabricar faroles fundidos en aluminio con el amigo Fronte, historia que ya conté alguna vez. Trabajábamos de noche para que no se viera la humareda que generaba el horno donde fundíamos el aluminio, alimentado con aceite usado de los motores de autos. Trabajadores clandestinos y contaminantes. Fronte era un verdadero artesano. Había sido fundidor en la Fiat, nunca supe por qué lo echaron o se fue. Esos temas no se hablaban en aquellos tiempos. Todos éramos clandestinos. Salvo, claro está, los que habían aceptado a rajatabla el “no te metas”. Incluso antes de que se los dijeran.

Cada día que pasaba quedaba menos de mí, de mis estudios, de mi formación. La clandestinidad se extendía a la familia. Florencia no debía hablar mucho en la escuela. Y no cantar las canciones de María Elena Walsh o de la guerra civil española. Tampoco decir que teníamos libros. La mayoría de ellos estaban prohibidos. Natalia era todavía muy pequeña, por suerte. A Susana también la presionaron para que dejara de ser profesora en un colegio. El cerco se estrechaba.

Ya cansados de resistir en esos oficios que apenas alcanzaban para la supervivencia llegó el momento ineludible de emigrar. Don Jorge Abelardo Ramos, amigo de un amigo, y el Embajador Jorge Dáger de Venezuela lo hicieron posible. Dáger, consiguió que la cancillería argentina nos otorgara los negados pasaportes y nos dio visa de cortesía para llegar a Venezuela. Partimos los cuatro con solamente pasajes de ida, y casi sin plata.

Allá fuimos. A la Venezuela solidaria.

Sufrimos todavía un año de carencias. Luego la vida nos devolvió todo lo perdido. Con creces. Volvimos a ser nosotros.

Catorce años vivimos allá.

¿Cómo no vamos a amar a Venezuela, nuestro segundo país, gobierne quien gobierne?
¿Cómo no amar y respetar a quien te salvó la vida?

Pero quiero decirles algo: en todos esos años de oficios errantes e inconclusos fue mucho lo que aprendí. Y todo me fue útil en la vida siguiente. Y en la actual.

Aprendí a sobrevivir sin depender de nadie. Eso fue lo más importante para todo mi futuro.

Desde entonces soy un defensor de los oficios.

Una cultura que seguramente retornará en el futuro próximo, con sus variantes de actualidad.

En realidad ya está sucediendo, por aquí y por allá. Los oficios.

Villa Cielo

Así se llamó, allá por los cincuenta, el primer desarrollo urbanístico en las faldas de Las Gemelas, en Capilla del Monte

Lo patrocinaba la inmobiliaria “Descalzo”, con el slogan “La tierra nunca traiciona”.

El tiempo demostró lo contrario.

Estaba situado en el pie de la Gemela de la izquierda, al costado del camino a La Toma. Hicieron algunas calles por las serranías, marcaron lotes y construyeron un famoso y solitario chalet de muestra que con el tiempo, y ante el fracaso rotundo del emprendimiento, fue totalmente saqueado.

Ese chalet sirvió por años de refugio de parejas clandestinas que lo utilizaban con fines eróticos en las desoladas noches. Las paredes comenzaron a mostrar grafitis de todo tipo, algunos muy subidos de tono.

Con el Kiko Sainz participamos del saqueo. Ya lo conté, Nos robamos las persianas que quedaban para hacernos una balsa cuyo diseño vimos en Mecánica Popular, Sin saberlo, fuimos precursores de Los Gatos. La idea era navegar en el Cajón del Río. Un policía nos vio pasar con las persianas y nos preguntó; “No serán del chalet de Villa Cielo, verdad? (debió ser un habitué nocturno, para reconocerlas). “Noo, mintió el Kiko, me las dio mi hermana” (casada con Fontaine Silva). Terminamos en la comisaría, rescatados por nuestros padres. No hubo balsa, si reprimendas.

Lo cierto es que Villa Cielo fracasó y sus organizadores se fueron del pueblo. Las calles fueron muriendo comidas por la vegetación, y el mercado de lotes se fue borrando.

Pero el paralelo fue naciendo la otra urbanización, a ambos lados del camino al Agua de los Palos, situada en el ángulo entre las dos Gemelas. Esta tuvo mejor destino. El desarrollo de las instalaciones en el Agua de los Palos, con el simpático trencito que llevaba a los visitantes, fue decisivo para su promoción triunfante. Allí si se vendieron lotes y se construyeron casas. Algunas habitadas, otras, ocupadas solo en las temporadas.

Allí tuvimos, en los sesenta, con el Chongo Rivadaneira, nuestro famoso bulín, mencionado en otra memoria, ya publicada.

También eran famosos los incendios forestales que bajaban de los cerros y se agigantaban en los altos pastizales que caracterizaban a la zona.

Un día, en pleno incendio se nos ocurrió ir a verlo de cerca, junto con Oscar Orsi, el cual, por suerte, llevaba un machete.

Digo por suerte porque el viento se dio vuelta y el fuego se nos vino encima. Las llamas “saltaban” a una velocidad increíble. Pero Oscar, diestro con el machete cortaba de un solo golpe los alambrados y logramos huir, ganándole a las llamas.

Ese día, exhaustos y sedientos, aprendimos a respetar a los incendios.

La pileta del Agua de los Palos era helada. Agua de vertiente profunda. Pero todo el lugar era muy acogedor. Muy visitado por los turistas se convirtió en una excursión obligada. Nuestro deporte infantil era colarnos en el trencito, corriéndolo desde atrás y saltando a su paragolpes trasero. Muchas veces el conductor del tractor que lo arrastraba paraba y nos corría. Los turistas nos defendían.

La tragedia de El Limón

(Venezuela, Septiembre 6, 1987)

El Limón es el último barrio de Maracay antes de iniciar el camino que atraviesa el Parque Nacional Henry Pittier, una montaña selvática que integra la Cordillera de la Costa, que finaliza un poco más al Este de Caracas.

Ese camino, pavimentado, recorre 40 km para llegar primero a un hermoso pueblito, Ocumare de la Costa y luego a las hermosas playas de el Playón; Bahía de Cata; y Playa El Agua.

Los fines de semana concurren a ellas varios miles de visitantes.

Ese fin de semana amenazaba lluvia, decidimos no ir a la playa.

Ese domingo, a la hora del retorno de los visitantes, cientos de autos regresaban a marcha lenta por el camino de cornisa que desciende del parque..

De un lado la montaña, del otro lado el precipicio. Las laderas cubiertas de gruesa vegetación, con árboles enormes que alcanzan los sesenta metros de altura. Así es ese hermoso Parque.

La lluvia se intensificó a partir del mediodía, dicen que en dos horas cayeron más de 300 mm.

La montaña, arriba, tuvo un enorme derrumbe que arrasó con todo a su paso, incluidos aproximadamente doscientos vehículos con sus ocupantes adentro.

Nunca se supo bien cuantas personas murieron. Muchos vehículos quedaron para siempre enterrados en el fondo de la quebrada, cubiertos por varios metros de roca, tierra y árboles. Por esa quebrada corre el Río El Limón, que se convirtió en una avalancha de agua, lodo y árboles cortados, arrasando varias poblaciones aguas abajo, dejando otra secuela de víctimas.

Nuestros amigos argentinos, junto con varios más, habían decidido quedarse en la playa ante la amenaza de la tormenta, se salvaron.

Otros, asustados por la enorme lluvia, retornaron a la playa antes de llegar a la zona del derrumbe. También se salvaron.

Todos debieron permanecer en la playa varios días antes de ser rescatados por buques de la armada al cual fueron trasladados en los botes de los pescadores de la zona.

El camino permaneció cerrado por cerca de tres meses, hasta que lo reconstruyeron.

En ese tiempo, una amiga norteamericana nos ofreció a buen precio, y financiado, su departamento en uno de los dos edificios de Bahía de Cata, los únicos edificios pegados a la playa que se construyeron en Venezuela, porque luego de ellos una ley prohibió seguir construyendo junto al mar, por motivos ecológicos.

Ese lugar era excepcional, el patio de los edificios estaba unido a la arena de la playa. Era cuestión de cruzar una puertita y ya estabas en ella.

En ese patio una cancha de bolas criollas (bochas) y un conjunto de parrillas nos reunía a todos, por las tardecitas, para disfrutar de asados, cervezas y cuentos..

Logramos comprar el departamento, que lo conocíamos porque lo habíamos alquilado algunas veces, pero no podíamos verlo porque desde el derrumbe, no había camino para llegar.

Fuimos los primeros (creo), dos o tres meses después, en usar el nuevo tramo del camino que fue reconstruido.

Lo que vimos en ese primer viaje fue aterrador: miles de árboles gigantes caídos por todas partes. Un enorme socavón se veía en la zona del derrumbe, montaña arriba. Una cicatriz de trescientos metros de ancho por quizá quinientos de largo. La cicatriz atravesaba la carretera en un tramo de casi un kilómetro de largo. Todos los autos que se encontraban allí aquel fatídico domingo, fueron arrastrados hasta el fondo de la quebrada, trescientos metros abajo.

Cuando al fin logramos llegar a Bahía de Cata e inaugurar el apartamento comprado (que representaba un sueño deseo para nosotros) encontramos una playa bella, como siempre, y desolada. Pasaron varios meses antes que la gente volviera al lugar. Luego, como siempre, el hecho se convirtió en historia, y también en advertencia. Nunca volvimos a cruzar la montaña en días de lluvia.

Ese apartamento playero fue el único bien importante que logramos tener en Venezuela, lo disfrutamos mucho y bien. Su venta facilitó nuestro retorno a la Argentina luego de catorce años y poder comprar nuestra segunda casa.

La primera, antes de irnos a Venezuela, nos la habían rematado cuando no pudimos pagar más las cuotas de la famosa circular 1050 con la cual nos castigaron, a comienzos de los ochenta, a miles de argentinos. Aquella vez, habíamos pagado ya la mitad de la casa, pero la deuda hipotecaria residual superaba tres veces el valor total de la casa. Absurdo, y cruel.

Desde entonces, sabemos del cuidado que hay que tener frente a los créditos indexados.

Muchas veces la historia sirve de advertencia. Cuidado con las lluvias y con los créditos.

Otros deportes en Capilla

En notas anteriores hablamos del fútbol, del básquet, del patinaje, y mencionamos algunos de los temas que vamos a incluir en esta nota.

Vamos a agrupar y destacar otras actividades deportivas que se realizaban en el pueblo.

Una de ellas fue el boxeo, impulsado por los Manzur, una familia pugilista.

Don Manzur padre (uno de los dos hermanos), además de policía, era un entrenador de lujo. Lito Manzur, otro de sus hermanos (el menor), peleaba a menudo. Todos lo alentábamos; era un contrincante leal aunque no brilló demasiado. Otro hermano, menor aún, era mi compañero en la escuela.

Nuestro querido Profesor Ademar Leonetti, padre de Susana, fue árbitro en muchas peleas que se realizaban en el club, sobre un ring armado sobre la cancha de básquet.

Cuando se producía alguna gresca en el colegio, Don Ademar nos calzaba guantes para que superáramos la bronca sin lastimarnos.

Muchos pibes del pueblo se entusiasmaron en el boxeo, sin mucho éxito.

Pero hubo un boxeador destacado, que llegó a campeón en su categoría, el “Puma” Rivero. Su buena estrella duró algún tiempo, luego como suele suceder el éxito lo condujo a otra vida y el tiempo se lo fue llevando.

Antes que las motos y los autos irrumpieran con sus carreras a comienzos de los sesenta, en Capilla del Monte se practicaba mucho ciclismo deportivo.

Se cerraban los domingos por la mañana algunas calles céntricas para disponer de un circuito que primero fue de tierra, luego llegó el pavimento y con ello aumentó la velocidad.

Las bicicleterías del pueblo, La Velóx y Los Tres Hermanos auspiciaban a sus representantes, un grupo colorido de no menos de veinte competidores, algunos locales, otros de los pueblos cercanos, que luchaban por una copa.

En medio de esas competencias un tal Santucho, que luego fue fotógrafo en El Zapato, se jugó a batir un récord de permanencia arriba de una bicicleta. No recuerdo si logró el récord pero si que estuvo arriba de la bici dos o tres días completos, con sus noches, con las chicas y muchachos del pueblo corriendo a su lado para alentarlos y mantenerlos despiertos. Una verdadera hazaña que es justicia recordarla.

El algún momento creamos el Ciclo Moto Club de Capilla del Monte. Nos ubicamos en un local pequeño (entrepiso) casi arriba de la oficina del Chongo Rivadaneira, y con un parlante, desde una ventana, publicitábamos las actividades a los transeúntes que pasaban. Aunque no lo crean, en ese cuartucho, nació y se realizó la idea de competirle a Carlos Paz la actividad automovilística y surgió la primera vuelta de San Marcos Sierra, de Turismo Nacional, en la cual se destacaron Gastón Perkins con su Gordini; Pirín Gradassi con el Auto Unión, Rodríguez Canedo con el Fiat 1500; Norberto Castañón con su Peugeot 404 y Nasif Stéfano y Rolo de Álzaga con sendos Alfa Romeo Giulia. No era poca cosa ese comienzo.

Era una carrera excepcional que partía de Capilla rumbo a San Marcos Sierra y desde allí se regresaba por la Ruta 38. En la categoría menor disputaban los De Carlo con los NSU y los Isard 700; luego aparecieron los Mini Cooper y trastocaron todo.

Esa explosión del automovilismo en Capilla tuvo sus antecedentes, y también sus precursores locales. Entre aquéllos ya mencionamos cuando Jorge Descote, con su coupecita, terminó ganador de la etapa de la Vuelta de Córdoba, en Turismo de Carretera, que finalizó en Capilla, sobre la Avenida Pueyrredón, entonces Ruta 38, de tierra, que antes de llegar a Aguas Azules tenía los famosos toboganes”

Otros precursores fueron “los locos del pueblo”, con sus chatitas preparadas que realizaban carreras cuando las calles eran de tierra. Uno de ellos fue, sin duda, el “gringo Scalini” a quien recuerdo en un tremendo vuelco que tuvo en la plaza. Otros muchachos del pueblo también acompañaban con sus viejos autos “preparados”.

Después vinieron las carreras de motos, a las que siguieron las de karting, en sus comienzos con vehículos construidos en el pueblo, en tallercitos improvisados. Luego aparecieron los importados.

La historia continuó, pasados los setenta, con el TC 47 donde recuerdo que me contaban las hazañas de Gustavo Cristini compitiendo en distintos puntos de la Provincia. Gustavo era hijo de mi amigo Ricardo – Riqui – que fue siempre muy solidario conmigo.

Cerraremos esta nota con una postal bien popular: las carreras cuadreras de caballo, que tuvieron también su momento. No recuerdo bien dónde estaba la pista, pero si recuerdo la polvareda, la concurrencia y las apuestas a puro grito. La competencia del criollaje.

¡¡ Pucha que tenían vida los pueblitos en esos tiempos !!

El Metro de Caracas

Nació por los ochenta, y fue un ejemplo digno de pensar, y de imitar.

Andaban los gusanos excavadores construyendo los túneles en el subsuelo caraqueño. Arriba, en calles y avenidas continuaba la cultura de alimentarse en las calles, una tradición venezolana. Puestitos móviles, muy limpios, vendiendo los clásicos cafecitos; perros calientes; conitos de papas fritas; hamburguesas; empanaditas de cazón; papelón bien helado; raspaditos de limón o de guayaba; arepas; cachapas; choclos hervidos; juguitos de frutas tropicales; en fin, innumerables productos. Los vasitos plásticos rodaban por las calles junto con las servilletitas que desbordaban los tobos de basura sobre los que volaban centenares de abejas adictas al café y al azúcar, pacíficas, por suerte. Unos “tordos” negros, confianzudos, recorriendo el piso, comiendo las miguitas. Un expandido aroma a ketchup flotando en el ambiente.

¿Cómo sería el futuro Metro? Cerrado; pulcro; sumergido con túneles y todo en aire acondicionado; vagones de última tecnología europea; todo automatizado; silencioso; con un mensaje en pronunciación neutra informando a los pasajeros la llegada a cada estación. ¿Cómo mantenerlo limpio y pulcro con la cultura imperante arriba, en las calles?

Durante un año previo a la inauguración machacó y machacó la televisión con un insistente mensaje dirigido al orgullo nacional: debemos cuidar al Metro, debemos mantenerlo limpio, es nuestro, debemos cuidarlo.

Por fin se inauguró. Y se comprobó el rotundo éxito de la campaña. El Metro se mantuvo limpio y cuidado. Convivían dos culturas en Caracas. Arriba, la calle mantenía su folclore. Abajo, en el Metro, parecía Europa. Los propios usuarios se encargaban de mantener el orden y la limpieza. Era un placer viajar en ese ambiente limpio y fresco, silencioso, educado, respetuoso.

La importancia de las campañas culturales.

¿Por qué no podemos los argentinos desarrollar campañas para corregir nuestras fallas? ¿Por qué un utilizar los grandes medios de comunicación para machacar en contra del bulling; del consumo de sustancias tóxicas; por la educación y disciplina en el tránsito; por el respeto que merecen maestros y alumnos; por la limpieza de calles, plazas, parques, ríos y montañas; en contra de la violencia irracional, la de género y la otra; y otro sinnúmero de cosas en las que debe prevalecer – alguna vez – la educación?

Han pasado más de treinta años. No sé cómo estará actualmente el Metro de Caracas, afectado por la falta de electricidad y la pobreza extrema que vive Venezuela, y con el consiguiente correlato de violencia en sus calles.

Pero me imagino que, abajo, perdura, en medio del caos político, el sentido nacional de aquella campaña para proteger ese indispensable medio de transporte de los efectos de una cultura ancestral que seguramente sigue sucediendo en sus calles, plazas y avenidas.

Les puedo asegurar que era una cultura que nos ganaba y sumaba a todos. Pasada la sorpresa inicial, en poco tiempo nos volvíamos adictos a comer en la calle, en esos tarantines simpáticos atendidos por personajes amables y generosos.

- ¿Qué quieres pana?
- Dame una arepa con queso amarillo y un marrón largo.

En la placita de entrada a la Universidad Central de Venezuela.

Una recorrida por la Calle Principal (a comienzos de los sesenta)

Antes que fuera techada, la calle céntrica de Capilla del Monte, pese a que tuvo nombres diversos que la política iba cambiando, siempre la llamamos “la Calle Principal”.

Hubo épocas de estabilidad, e incluso progreso económico, que mantuvieron vivos a muchos comercios históricos, algunos de los cuales, por suerte perduraron, conducidos por descendientes de los fundadores.

Otros fueron quedando solo en la memoria de los Antiguos.

Citaré a algunos y los adornaré con algunas anécdotas felices.

A media cuadra de la plaza estaba La tienda El Pibe, manejada por una familia, padres e hijos, se trataba de una de esas tiendas populares para todo público, con ropas y calzados populares. Recuerdo que una vez, cuando mi padre era socio de La Estrella, que antes había sido el negocio de Carignani, un almacén de ramos generales, y luego el Banco de Córdoba, para combatir ratones compró un simpático hurón, que tenía la virtud de los hurones: entrar y salir de cualquier parte. Se escapó y se metió en la tienda El Pibe, e hizo algunos estropicios. Fue toda una aventura atraparlo. No recuerdo que pasó con el simpático hurón, seguramente alguien se lo llevó.

Siguiendo por esa vereda de la primera cuadra estaba Pachamama, un negocio de prendas y objetos artesanales, de buena calidad. Seguía la fiambrería La Ideal. Luego una tintorería cuyo nombre no recuerdo, la librería de los Nanzer y en la esquina, la Farmacia de Languasco. A la vueltita nomás, el Cine Enrique Muiño.

En la esquina anterior, frente a la plaza, el ya nombrado en otra nota bar El Sauce, preferido de los viejos lugareños, donde se despachaba vino “a cuenta” por parte de un matrimonio griego que eran sus propietarios, con un hijo que venía de tanto en tanto.

Al Bar El Sauce lo seguía el taller de zapatería de los Mastri, creo que el hermano principal se llamaba Trento. El terreno de Trento rodeaba a El Sauce y tenía una salida sobre la calle Rivadavia. En ese espacio estuvieron meses construyendo una hermosa lancha de madera (eran buenos artesanos, los Mastri) que llamaron Stella Maris, que por su peso, se hundió en el embalse de Cruz del Eje, a poco de estrenarla.

Por la vereda de enfrente de la primera cuadra de la principal se destacaba El Viejo Palermo, el mejor restaurante del pueblo, atendido por el padre de mi amiga Teresita Castellá: Don Leandro, tipo querible, muy amigo de mi viejo. Agradable sitio para jugar a las bochas por la tarde, tomar el vermouth o el chopp al atardecer y cenar por la noche las exquisiteces de Don Leandro.

Recuerdo que al lado vivía la abuela de los Najle, la cual elaboraba exquisitas comidas, las viandas, que entregaba en aquellos recipientes enlozados que en cantidad de tres se apilaban sostenidos por un soporte. Uno los retiraba en el horario indicado y luego devolvía los recipientes limpios. Un delivery de tres platos familiares. Comida casera. Excelente.

Luego seguramente había otros negocios que no recuerdo, y en la esquina la zapatería de los hermanos Najle, hijos de aquella abuela.

Frente a esa zapatería, y haciendo esquina entre la principal y la Belgrano, estaba el Bar Fenix, que tuvo varios dueños, pero para mí el recordado es el padre del “Pecos Valente”, un tipo excepcionalmente cariñoso y discreto, cómplice de nuestros amoríos ocultos. Pecos era y es mi amigo, vive en Ibiza desde hace años pero escribe en este Sitio de tanto en tanto. Sus dos hermanos menores no participaban mucho del bar porque eran chicos, Pecos hacía de mozo con simpatía y carácter.

A continuación estaba la farmacia de Zárate, algún otro boliche, la oficina de teléfonos y luego la heladería más famosa del pueblo, por su ubicación privilegiada. Luego un local que tuvo muchos destinos mientras perteneció a los Bértola, el Quique y su hermana, eran algo especiales y diferentes.

Si cruzamos la vereda y volvemos a la esquina, frente a la farmacia de Languasco, estaba la tienda de los Abraham (¡La Zulema?), a cargo de la madre de Zully y del Chino, ambos mis amigos. Zully de tanto en tanto aparece por aquí. El Chino, lamentablemente ya no está, pero nos espera.

El chino Abraham le conocía el talle y las medidas a todas las chicas del pueblo, con esos datos organizábamos concursos secretos de belleza. Las que no eran chicas también participaban. Al menos algunas elegibles, solteras o casadas.

Seguía el local de Abahuac, una joyería artesanal, de los padres de nuestro amigo Carlos Perotti, que ahora desde Brasil, nos asombra con su permanente atletismo, integrante de nuestra promoción en el Colegio Nacional.

En un pasillo allí ubicado vivían los Varsky, (o Barsky?) una familia judía. Don Varsky (o Barsky) era un comunista consecuente, y sus hijas compañeras queridas del colegio, y bellas, por cierto. Algo tristes, sus rostros.

Luego venía el City Bar, el boliche principal del pueblo, donde disfrutaban las familias y también los jóvenes, (en esa época convivíamos en los mismos horarios).

El local principal de El City tenía un pequeño escenario donde actuaban artistas regionales. Un verano completo lo tuvimos allí a Chico Novarro, con la orquesta del padre del “flaco González”. Muchas veces, de niño, actuó Jairo, entonces “Marito”.

Las historias del City son muy numerosas, se pueden escribir varias notas con ellas.

Allí elegíamos a la Reina de la Primavera, puesto que ocuparon oportunamente Petty Orsi y Chuni Greco (las nombro a las dos para que no compitan ahora, en los comentarios) y también otras bellezas del pueblo, por supuesto.

En el trasfondo del City, billares y mesas de juego de naipes y dados. El vicio invernal.

Pasando el City estaba un pequeño local de objetos regionales llamado Kakuy y luego el negocio de los Vignó, una de cuyas hijas fue pareja de Contursi y tema de inspiración de Grisel, un tango histórico. Hace algún tiempo, con Marina, le dedicamos un programa de radio.

Ahí nomás estaba la boutique Jacqueline de Paca Rodríguez Galoz y al lado, la Escribanía de otro Rodríguez, a la que se sumó, casamiento mediante con su hija mayor (muy bella, por cierto), Bancalari.

Después la Tienda de Fumega, cuya historia ya contamos

Un poco más adelante, antes de llegar al Club, estaban el Hotel de los Gianetto; el Palacio de las Piedras y la zapatería de Calvette (creo), y luego pasando el club, una casa de venta de productos naturales y un quisco que fue el que trajo los helados Laponia al pueblo. Las tacitas de crema con pulpa de frutilla abajo, y los primeros bombones helados, sin palito, había que ensuciarse los dedos. Unas delicias..

En la esquina, . Catoy, también joyería, relacionada con Anahuac por alguna sociedad o parentesco.

Cruzando la calle 25 de Mayo, en la esquina, estaba Achalay, la mejor repostería y heladería del pueblo, fabricaba los alfajores más famosos y unos helados que eran poemas. Poemas queríamos recitarle a Teresita Buffoni, cuando era ella la que nos atendía. Mayor que nosotros, hermosa, no dejaba de alimentarnos los ratones. Siempre demorábamos, a la siesta, en elegir el gusto del helado, en espera de una sonrisa suya. Pero no, era seria, aunque la sonrisa la tenía en los ojos.

La calle terminaba frente a la Estación, en la última cuadra estaba el estudio de arquitecto de Ochonga y algún negocio más, en la última esquina final, la Ferretería de Lorenzi.

Si volvemos a la vereda de enfrente, después del local de los Bertola hubo varios comercios que fueron cambiando de rubros: barcitos, heladerías, el estudio de Lerín; y al lado el Kaylo, que nació para competirle la presencia joven al City, y lo logró. Lugar de tragos y de baile, nocturno por excelencia, manejado por amigos nuestros:, entre otros, el Lito Tauil y algún Bandini.

Siguiendo hacia arriba había un viejo almacén, luego la librería de Sabena y por allí andaba la Tienda La Julia, de otro de los Najle.

Cruzando la calle un local de artículos regionales y ya comenzaban los locales construidos con la estructura edilicia del Hotel La Favorita, donde estaba el local de RyZ. La inmobiliaria de mi amigo Chongo Rivadaneyra su socio Zanni.

Allí, en un entepiso, fundamos el Ciclo Moto Club que, fue uno de los precursores de las carreras de motos y autos en Capilla.

Lógicamente, la última vez que visité Capilla, hace ya varios años, todo había cambiado. Esta es la postal de comienzo de los sesenta, en la cual debo haber olvidado muchas cosas, que Uds. los Antiguos, agregarán con sus notas. Un ejercicio de recuerdos, para no olvidarlos.

Nota: Este relato lo publiqué en mi muro de Facebook y produjo una verdadera explosión de comentarios participativos, que le sumaron recuerdos muy bellos. Por eso, he resumido las principales participaciones, y las adjunto a continuación. Con ello cerramos esta publicación, que llamaremos La huella de la Memoria I Seguramente vendrán otras.

Contribuciones al relato Una recorrida por la Calle Principal

Nota:

Publico a continuación las contribuciones que recibió el relato “Una recorrida por la calle principal”, publicada en Facebook, como un ejemplo de construcción colectiva de la historia contada.

- [Adriana Isabel Herrera Fulginiti](#) que buena descripción, muy buena memoria!! yo, nací en el 54 y la recuerdo casi así..., creo que falta el Club , yo vivo en 25 de mayo, a la vuelta (pensándolo, con distinta fachada, los negocios actuales, cubren las mismas necesidades...pe. al frente de lo que era Calvete, hay una zapateria, etc...)
- [María Teresa Castellà](#) Muy buena tu descripción de todo lo que nombraste solo queda el viejo Palermo que lo trabaja mi hermana menor Gaby (que vos no la debes conocer es 18 años menor que yo)el City (dueña hija de Miguel Peinado)y el Achalay con sus alfajores ya no con helados artesanales es de los Buffoni nietos de Moll y esta donde estaba el palacio de las piedras .un poco distinto a tus recuerdos y a los míos. Son los únicos tres negocios que perduran en el tiempo.
- [Vero Pérez](#) Junto a la tienda la Zulema, estaba la zapatería de Cassina, un señor propietario de un Opel, en el lugar que ocupa la heladería Giovanni. A este local seguía la joyería Anahuac propiedad del señor Albertinazzi , orfebre de todas las grabaciones que se hacían en pulseritas y medallas (cuando se regalaban piezas de oro 18k!) Allbertinazzi tenía dos hijos, Patty que ingresó al Liceo Militar y Liliana, compañera de escuela primaria .
- [Carlos Debandi](#) Correcto, gracias por la contribución.
- [Susana Lionetti](#) Dicen los que saben que la historia de un pueblo puede ser anecdótica o documental.... para cuando el libro Chachi ?
- [Marina Salvático](#) Anahuac, como menciona Vero Perez, era de Albertinazzi, un orfebre que merecería un gran reconocimiento, .hacía, no sólo "fliigranas", sino verdaderas esculturitas en oro y plata. En mi familia queda algún broche y algunos anillos hechos por él. Además era muy generoso, y le enseñaba su técnica a todo el que se lo pedía.
- [Marina Salvático](#) No sé si me mareé cruzando la calle, pero entiendo que en la esquina del Club, (frente a la Achalay) hubo en una época un local de Ñaró puesto por Rodriguez Galos y otro señor del que no recuerdo el nombre. Duró poco. En el pueblo no había mercado para tanto traje y ropa elegante para hombres. Y Catoy estaba en la vereda del frente, poco después de la esquina, al lado de una peluquería.

- [Adriana Isabel Herrera Fulginiti](#) ÑARO, era de don Morón, padre de Jorgelina (que suele leer por aca) y Miqui, y la relación que bien apunto Chachi era que la señora de Morón, era Albertinazzi (ella me recuerda a la granadina, en el cumpleaños de sus hijos, tomábamos granadina y unos sándwich exquisitos!)
- [Marina Salvático](#) Pero Rodriguez Galós también era socio, no?
- [Norma Petroccio](#) Alrededor de los años 55....56...se hizo el primer asfalto de la calle principal.. .sí la memoria no me traiciona.. .
- [Franco Talarico](#) Chachi... Faltan varios de los años 1955., en la diagonal... Bs. As... Ejemplo cerca de don. Fumega... Estaba don. Nuvolone.... Casi frente al. City. Bar estaba don. Mangiardi... Que calidad de fiambres tenía también cerca de la tienda el pibe estaba don. Gennaro ante la estación estaba la madre del . Pichón. Batista con artículos regionales al frente tenía su consultorio el doctor. Rivero... Faltan de la plaza a la estación y varios aún.
- [Chuni Grecco](#) Linda Batista , mamá de Pichón y el arquitecto Batista . Seguía la entrada a la casa de los Lorenzo y en la esquina su negocio .
- [Carlos Debandi](#) Cierto, cierto, eso es bueno, que uds. completen....
- [Norma Petroccio](#) El negocio El trébol.. .blanquería...de Oscar Castelló.. .eximió artista de Capilla...
- [Mirta Rekers](#) Entre boutique Jaqueline y la escribanía Rodriguez estaba la clínica de los Drs Sesin y Monayar x allá en el 69.
- [Adriana Isabel Herrera Fulginiti](#) ahora es un hostel
- [Chuni Grecco](#) Jaqueline la casa de modas de Paca Rodriguez Galós . Quién de aquella época no recuerda la fiesta de 15 años de Silvia en su casa SI RO MA . Cuántos y hermosos recuerdos !!!!!
- [Clau Campisi](#) Gracias por compartir tanta historia! ♡
- [Marina Salvático](#) Arriba de la fiambrería de Mangiardi había un departamento con balcón y una reja de esas que son todo vueltas y arabescos. Allí vivía una pareja con un nene chiquito. El angelito metió la cabeza por un espacio amplio entre los arabescos, pero después siguió recorriéndolo con el cogotito hasta que quedó atascado en un espacio chico. Así que los padres lo encontraron aullando y tuvieron que sujetarlo de los sobaquitos y deshacer el camino guiando la cabeza hacia el bendito espacio más amplio. Al frente, los habitués del City gritaban a los padres indicaciones diversas. Aplauso cerrado de todos cuando el niño recuperó la libertad. No me acuerdo quienes eran. Ahí vivió Lito Massa con su esposa y todos los pseudo amigos chismosos le decían a Mangiardi que tuviera cuidado, porque estaban tan gordos que un día se caerían a la fiambrería.
- [Petty Orsi Ferrini](#) Que lindo recorrido con tus recuerdos los que comparto de siempre, es imposible olvidar uno solo de los lugares donde fuimos tan felices....lejos de todos los problemas... Te mando un fuerte abrazo amigo querido.
- [Yolanda Pajon](#) Qué memoria soy de esa época ,y prima de Gardi mi tía su abuela vivía frente a la casa Fumega tenía una casa enorme con pasillo era una hosteria y siempre nos sentábamos en la vereda ,recuerdo el recorrido que hacían las chicas desde la plaza a la estación, que nostalgia,,,,,,
- [Carlos Debandi](#) Sabes algo del Gardi Muñoz? siempre lo recuerdo, lo ví por los setenta u ochenta, cuando compró el Bar Monserrat, en Córdoba, cuando regresó de EE. UU. Ese día me recordó una promesa que hicimos de niños (nunca dejaríamos de volver al "Rodeo", cuando lo vi ...[Ver más](#)
- [Gioconda Gómez](#) Kaylo ocupó el local donde funcionó "Tienda la Julia". Un poco más arriba estaba el bar de los Taiba, al fondo la casa de los Sarmiento.
- [Carlos Debandi](#) Es cierto, por eso no encontraba a "La Julia", gracias.
- [Gioconda Gómez](#) La heladería Buenos Aires, frente al City, al lado de la Unión Telefónica.
- [Marina Salvático](#) La Unión Telefónica! Por favor, recordemos aquellos teléfonos "a manija", con una operadora que nos atendía después de darle a la manijita. Cada abonado tenía dos números. Todavía me acuerdo que nosotros teníamos el 61 y los Ferrer el 18.

- [Norma Petroccio](#) [Marina Salvático](#) Huapper o Guapper...era el matrimonio encargado.de la oficina de teléfonos
- [Adriana Isabel Herrera Fulginiti](#) wAPER, SU HIJA BETTY ERA COMPAÑERITA MIA DE COLEGIO
- [Ernesto Tomás Grossi Brusa](#) Las notas sobre el Capilla que disfrutamos hace tanto tiempo, son como agüita fresca para el brote de los recuerdos. De Catoy y Albertinazi, todavía conservo una placa montada sobre mármol que regalamos a mis padres cuando cumplieron 25 años de casados, y una pulserita de plata que le dí (y que aún luce) a mi compañera de siempre: "La Chuni". Para mi son obras de arte. Cambio de tema. La heladería que estaba casi frente al City, la puso el Sr. Cartier, padre de Cacho, que creo que se recibió en la Primer Promoción del Liceo. Otra: Exquisitas las viandas de Doña Alcira Najle. Solía incluir platos arabes que eran una delicia. Ahora me permito hacer una corrección. La Stella Maris de Trento Mastri, la fabricó en el galpón que tenía mi padre en calle Córdoba. Como nunca le quiso cobrar, Trento le dió una llave, por lo que la disfrutamos muchas veces con mi familia. Los pejerreyes pasaban directamente del anzuelo a la tabla colocada sobre el cajón que cubría el motor (un ford A) donde mi madre limpiaba y pasaban a la sarten colocada sobre un "Primus". Dias inolvidables de mis primeras pescas. Termino con una duda: creo que el pavimento de Capilla se colocó junto con las veredas roja con la franja blanca por la segunda mitad de los años 40. Sería lindo confirmarlo. Recopilar los recuerdos mientras todavía quedan Antiguos, porque como decía Atahualpa mencionando a Chazarreta: "Cuando se muere un viejo en el campo, es como si se quemara una biblioteca. . ." **Felicitaciones** y recibe un abrazo enorme.-
- [Ernesto Tomás Grossi Brusa](#) Completo. Las fechas del pavimento no están en tu nota sino en una colaboración.
- [Carlos Debandi](#) Me disculpas Ernesto, pero la Stella Maris Trento la construyó en el terrenito al lado del Sauce, sobre la calle Rivadavia, casi al lado de mi casa. Yo pasaba horas mirando a través del cerco como trabajaban en ella. Quizá después la haya llevado al galpón de tu padre. Yo iba a pescar en esos tiempos en otra lancha, la de Coseano, padraastro del Kiko Sainz, se llamaba Betty (la lancha). Abrazo.
- [Ernesto Tomás Grossi Brusa](#) Yo no recuerdo el inicio de la construcción de la Stella Maris. Posiblemente la llevaron al galpón cuando iniciaron los trabajos de calafateo y terminación. En esos tiempos fue una embarcación de primera, con camarote y cuatro cuchetas. Un lujo.

- [Carlos Debandi](#) Respecto del pavimento, creo que se hizo después del cincuenta, quizá la calle principal se pavimento a finales de los cuarenta. Yo no tengo precisa esas fechas. Recurramos a la memoria colectiva.
- [María Teresa Castellà](#) [Carlos Debandi](#) tiene que ser mucho después el pavimento yo soy del 46 y me acuerdo de la calle de tierra que pasaba el camión regador

- [Norma Petroccio](#) Al lado del consultorio del Dr.Rivero ...había una peluquería...señor Mastroianni...lo que no recuerdo es si era de hombres solamente o para ambos sexes....y el viejo hotel de Naselli...frente al City...donde hoy hay locales...uno de ellos de Tere Maslick...
- [Carlos Debandi](#) La peluquería de Mastroianni era solo para hombres... recuerdo a Naselli pero no recuerdo cómo era el frente del hotel... el hijo de Mastroianni fue amigo nuestro. Era rubio, pelo con rulos, creo.
- [Carlos Debandi](#) Aunque su rostro se me mezcla con el de Cagnelutti, que era vecino de Marina.
- [Gioconda Gómez](#) En los 40 no había pavimento. Las calles céntricas y barrios aledaños se pavimentaron en los 50. Otras un poco más tarde. Fue en la Intendencia de Manteca que se extendió a muchas calles
- [Carlos Debandi](#) Si, así fue. Yo inicié la primaria en el 50 y las calles eran de tierra. Todas las tardes pasaba el camión regador para aplacar el polvo. .

- [Mirta Ortiz](#) Al lado de la tienda "La Julia", cuyos dueños eran Ernesto Rossi y su esposa Teresa, estaba la juguetería "La caperucita".
- [Mirta Ortiz](#) Junto al "Palacio de las piedras", se encontraba el hotel "Montecarlo".
- [Mirta Ortiz](#) En la esquina de la "calle principal" y Pueyrredón, frente a los Lorenzi, se encontraba la
- zapatería de Talarico
- [Norma Petroccio](#) Recuerdo a un señor ...que vendía globos en un carrito...en épocas de verano y días lindos...en la esquina de tienda la Zulema.. miles de firmas y colores los globos..
- [Norma Petroccio](#) Al lado de la peluquería de Mastroianni.. una tienda ...de Arbach...el mayor y el señor Boucart..hijo del ilustre maestro...creo que se llamaba San francisco
- [Marta Wojtenko](#) doña Alcira era la mamá de Leonor casada con Diego Sez que tuvo una perfumería donde antes fue el negocio de don Nuvolone
- [Betty Heredia](#) Mi aporte es éste año 1957 llego a Capilla nombrada como profesora de Cocina y Repostería en la escuela Profesional de Mujeres y luego fue Técnica hoy en día IPEC 8i8 y volviendo a la pregunta de qué la calle techada estaba asfaltada si, por qué recuerdo lo que se estaba asfaltando Hera la calle De {an Funes año 1957 yo llego un 4 de abril
- [Mabel Zarate](#) Que hermosos recuerdo de nuestro querido pueblo. Felices momentos vividos allí!!
- [Peco Valente](#) ACLARO ,el pavimento se hizo aproximadamente en los años 53 0 54 se demoró casi un año para hacerlo desde la estación de trenes hasta la plaza ,se le llamaba LA PORTEÑA por lo lenta que funcionaba la maquina que hacia el pavimento y todo lo demás se hacía a mano trabajaban muchos hombres a pala y pico se emparejaba la calle de forma muy rustica con unos tablones ,las veredas se hicieron luego
- [Marta Wojtenko](#) te voy a corregir algo la que se casó con Contursi no era Vigno era Susana Vignano ex mujer de Camba
- [Peco Valente](#) SIGO ,EL SAUCE era de la familia KATAPODIS su hijo vive en Cpilla y la tintorería SE LLAMABA URITORCO ,su primer dueño fue don ALFONZO padre de TITO y CHICHE se lo vendio a PEDERIVA OSVALDO trabajaban SUARES Y EL PELADO GUEVARA ,SUARES es pastor y tiene una iglesia protestante en el barrio BALUMBA ,yo nunca mas lo vi ,pero me dicen que es muy trabajador
- [Carlos Debandi](#) Creo que hemos abierto la compuerta, el río echó a correr.